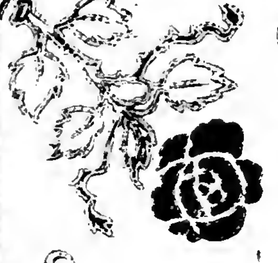
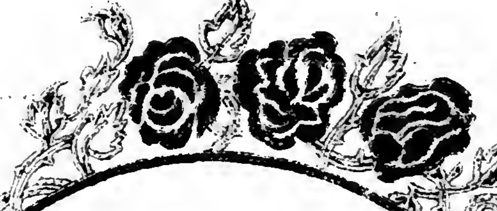


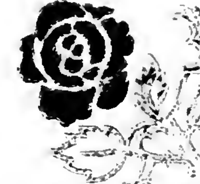

BIBLIOTECA POETICA



J. DE DIOS PEZA

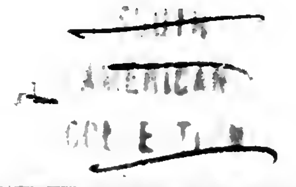
ARPA DEL AMOR



GARNIER HERMANOS

PARIS





POESÍAS COMPLETAS



JUAN DE DIOS PEZA

POESÍAS COMPLETAS

DE

JUAN DE DIOS PEZA

Única colección autorizada por el Autor

EL ARPA DEL AMOR



PARÍS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

México 28 de Enero de 1890

Sres
Garnier hermanos
París

Muy señores míos
Autorizo á ustedes para hacer una edición completa de mis poesías bajo el órden que verbalmente indiqué á su Comisionado

La obra que ustedes publiquen será la única dirijida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta la fecha se

han hecho de mis versos en otros países y en el mío, ni me fueron consultadas á su debido tiempo, ni han sido autorizadas previamente ni obedecen á un plan que sea de mi agrado.

Soy de ustedes afmo. y seguro servidor

Juan de Dios Peza

HORAS DE PASIÓN

A.....

CARTA ABIERTA

Hice versos de amor; y aun no te conocía, pero te amaba

Tuvo tu primer culto forma de presentimiento, como ahora tiene forma de lágrimas y de besos.

Y... presintiéndote ayer, y viéndome hoy regocijado en la serenidad de tus pupilas ¿podrían quedar blancas las páginas de este libro?...

Cruza fúnebres yermos alegre primavera, y florecen el lirio azul y la caléndula de nieve.

Tú no cruzas mi alma; vives en ella inalterable sola; y en vez del lirio azul, y en vez de la caléndula de nieve, brota la estrofa enamorada...

Torna el ave á su nido; el sol torna al cielo; ¿no han de volver á ti los versos de mi corazón.

Acarícienlos tus ojos dulce amor mío... y encontrarás en ellos algo como un fulgor trémulo y algo

como un santo perfume... luz de hermosura y aroma de santidad, desprendidas de ti sobre el abismo de mis dolores...

Guarda este libro... será testigo de tus sonrisas de felicidad, ó de tus lágrimas vertidas no como ahora, en días de pasión, sino en pesados y brumosos días de tristeza y desencanto... ¡quién sabe!... guárdalo, es oblación del alma que palpita por ti llena de orgullo.

El Autor.

HORAS DE PASIÓN

I

¡Mis versos! perdona
Si van atrevidos tu sueño á turbar;
No pido á la gloria su augusta corona;
Á mi alma le basta la gloria de amar.

—

¡Mujer encantada!
Tú vas de venturas y goces en pos,
Yo sigo en la tierra mi triste jornada;
Por sendas opuestas marchamos los dos.

—

Estrellas y flores
Tu cielo y tu mundo matizan doquier;
Mis versos te llevan mis sueños de amores;
Levanta en mis sueños tu altar de mujer.

—

Serena y hermosa,
Ni lágrimas viertes ni sabes sufrir;
Es tuyo este libro mi espléndida diosa,
¡Adiós! que sus dichas te dé el Porvenir.

—

Errante viajero
Mi senda regando con lágrimas voy;
Mañana ¿qué importa saber que me muero?
¡Adiós! con mis versos al alma te doy.

II

Yo busco, yo quiero
Un ser que comprenda mis sueños de amor;
Lo busco, lo espero,
Yo soy un Oriente que aguarda su sol.
¡Caricias sin nombre!
¡Ay, sí! ¡de caricias me abrasa la sed!
¡Feliz, aquel hombre
Que en nubes y rosas, convierta el placer!
Arcángel que arrojas
En olas de besos tu aliento á mi faz;
Son tuyas mis hojas,
Mi vida es tu ofrenda, mi libro tu altar.
Escúchame, siento
No sé qué infinito misterio en mi ser;
Detén, pensamiento,
Tus alas que llevan mi culto y mi fe.
Mis versos han sido

Escritos en horas de dicha y amor;
En mi alma han crecido
Las flores que hoy buscan el aire y el sol.
Si sueñas ventura,
Si quieres viviendo sentir y gozar;
Tan bella y tan pura,
No dejes al mundo tus alas manchar.
Yo sigo tu vuelo,
Errante gaviota, mi mundo es tu amor,
Te sigo en tu cielo,
¿No siguen los astros la marcha del sol?

III

Yo sueño muchas dichas,
Yo espero muchos goces,
Los goces infinitos
De un amor ideal:
Yo te amo como se aman

Los seres de otros mundos,
Con un amor del cielo,
Sereno é inmortal.
Me basta que me mires,
Me basta tu sonrisa,
Para esperar confiado
La paz del porvenir;
Eres como un ensueño
Que flota eternamente,
Sobre este ser que alienta
Y existe para ti.

IV

Miré en mis sueños un ángel,
Al través de una ilusión;
Trayendo en el alma un cielo,
Y en las miradas un sol;
El sol para mi camino,
¡Y el cielo para mi amor!

Despierto y me hallo contigo,
Y en ti presintiendo á Dios,
Eres tú el ángel, exclamo,
Que en sueños miraba yo,
Tú tienes un sol y un cielo,
Y entre tu cielo y tu sol,
Debe juntar el destino
El porvenir de los dos.

V

Vivir así como vivo,
Sin cansarme de esperar
Unas venturas sin nombre,
Y unas dichas que vendrán.

Sentir así como siento,
Una pasión inmortal,
Que apenas cabe en el alma,
Y siempre en el alma está.

Gozar así como gozo,
Lejos de la realidad,
Con esas dichas del sueño,
Que mueren al despertar.

No hay más amarga existencia,
Más amargura no hay,
Vivir como yo sin vida,
Tener goces sin gozar,
Siempre esperando, esperando,
Lo que esconde el *más allá*.

VI

Olas de besos manda tu aliento
Olas de dicha da tu pasión;
Es todo un mundo tu pensamiento
Y un mar de amores tu corazón.
¡Ay! ¡y no basta mi amor profundo

Para que mi alma pueda alcanzar
Vivir tranquila sobre ese mundo,
Morir dichosa sobre ese mar!

VII

Algo hay sobre tu frente más sereno;
Algo dentro tus ojos más azul;
Algo impalpable, mágico, divino,
Como los sueños
Como las dichas,
Como la luz.
Algo hay dentro mi mente más inquieto;
Algo más muerto está en mi corazón,
Algo terrible, tétrico, ignorado,
Como las quejas,
Como las sombras,
Como el dolor.
Fueron ayer un mundo nuestros sueños
Sólo ruinas y lágrimas son hoy;

¡Mañana habrán pasado en nuestras almas
Como un sollozo,
Como un suspiro,
Como un adiós!

VIII

Tú eres dichosa, tú nunca lloras,
¡Ay! tú no sabes lo que es llorar;
Sobre tu vida pasan las horas,
Como las nubes sobre la mar.
Yo sufro y sufro porque te quiero,
¡Ay! nunca sepas tierna querer;
En los abismos donde me muero,
No hay un instante para el placer.
Cuando el destino roba inclemente
Todas sus flores á la ilusión,
El hielo nace sobre la frente,
Y es un cadáver el corazón.

IX

Tienes los ojos muy bellos,
Tus dulces labios muy rojos,
Muy rizados tus cabellos,
Y mi alma prendida en ellos,
Va á tus labios y á tus ojos.

X

Yo sufro y tú lo sabes... aunque quiero
Ocultar mi dolor no tengo calma,
Cada queja es un grito lastimero
Empapado en las lágrimas del alma.

—

Te amo como ama en nuestra fértil tierra
El ave errante que en la selva mora,
Y este sagrado amor que el alma encierra
Canta en mi lira y en mis ojos llora.

—

Te amo con esa fiebre bendecida
Que besos da para cubrir tus huellas,
Que se derrama en flores en mi vida,
Que en mi cielo se escribe con estrellas.

—

Si tú lloras á solas, si no tienes
La fuerza en el dolor, cual yo, bien mío,
Y si las flores que pisando vienes
Lágrimas sólo tienen por rocío,

—

Ahogaré con mis sueños tu quebranto
Y mi ser que al mirarte se arrodilla
Pondrá sus labios, al beber tu llanto,
Trémulos de pasión en tu mejilla.

—

¡Tu amor será mi sol! su rayo vivo
Rasga todas mis sombras de amargura;
Eres bella y feliz, yo soy altivo,
Dios unió la altivez á la hermosura.

—

¡Háblame como me hablas! que tu acento
Penetra cariñoso á mis oídos,
Y que abrase en su llama al pensamiento
Y que embriague de amor á mis sentidos.

—

¡Mírame como miras! con dulzura,
Con la dulzura de tus lindos ojos,
Mientras sonríen ardiendo de ventura
Palpitantes de amor tus labios rojos.

—

Me siento todo tuyo; no te asombre;
¿Qué hay en mi ser que para ti no sea?
Desde mi débil corazón de hombre
Hasta mi santa y postrimer idea.

Te soy todo esperanza, luz, consuelo,
Dicha y afán de un alma enamorada;
Mi alma para vivir buscaba el cielo,
Y tú le das un cielo en tu mirada.

—

Vivo para adorarte, mi existencia,
Mis ilusiones todas, mis delicias,
Buscan en el altar de tu inocencia
La gloria y el calor de tus caricias

—

Esclavo de tu mágica belleza
Rindo mi corazón á tus amores,
Mientras alzas tu espléndida cabeza,
Astros vertiendo y derramando flores.

—

En sueños veo tu imagen y temblando,
He llegado á sentir ¡falso embeleso!
Que tú me miras, que te estoy hablando,
Que me arrodillo y que me das un beso.

—

¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡El delirio
Me llega á engañar! tantos agravios,
Tanto inmenso dolor, tanto martirio
¿No llevarán mis labios á tus labios?

XI

¡Mi alma tiene misterios que á ninguno
Es dado conocer!
Ellos sobre mis horas más tranquilas
Vierten gotas de hiel;
Nunca me los preguntes... ¡ni yo mismo
Los quisiera saber!

XII

Guardo una flor que llena de perfume
Me arrojaste al pasar;
Solitaria en mi estancia se consume
Y la hallaré marchita al despertar.

—

Aun vive y ya me llena de tristeza
Mi sacrosanta flor;
Como acaban su aroma y su belleza
¿Tendrá al fin que acabarse nuestro amor?

XIII

Si la muerte del mundo te arrancara
Y en el mundo y sin ti quedara yo,
Aun pasados los años te encontrara
Muerta en la tierra, en mi memoria no.

—

Si un cielo de paz sobre mi suerte
Cuya aurora mi infancia iluminó,
Dime tú, si estaré tras de la muerte
Vivo en mi cielo; ¡en tus recuerdos no!

XIV

Ya se apagó tras el monte
El postrer rayo del día
Y extiende la noche umbría
Su manto en el horizonte.

—

Melancólicas y bellas
Tenue fulgor derramando,
En el espacio temblando
Aparecen las estrellas.

—

Callan todos los rumores,
Gimen las brisas suaves,

Y mientras duermen las aves
Se van cerrando las flores.

—

Huye de mi alma el dolor
Y entre dichas seductoras,
Vuelven á sonar las horas
De los ensueños de amor.

—

Ven á hablarme; ya te espero...
Estando á solas conmigo,
El cielo será testigo
De lo mucho que te quiero.

—

Yo te daré la ternura,
Que hay en mi alma enamorada,
Ven mi virgen, ven mi amada,
Á volverme la ventura.

—

¿Qué me importa el arrebol
De la tarde? ¿qué, la Aurora?
Para el alma que te adora
Eres el cielo y el sol.

—

Mira mis ojos; en ellos
Retrataré tu sonrisa,
Mientras que besa la brisa
Los rizos de tus cabellos.

—

Ven, Dios que es todo bondad
Vela nuestro amor profundo,
Y ese amor hace en el mundo
De una hora, una eternidad.

—

No temas... hay en los dos
Un alma, una fe, un anhelo;

Si está en el amor el cielo
Está en nuestras almas Dios

XV

La tarde muy serena,
El cielo muy azul;
La atmósfera está llena
De aromas y de luz.
Tiene mi pecho vida;
Mi vida, juventud;
Mi juventud un culto
Y una esperanza... tú.

XVI

Si mi alma fué para sufrir nacida
¿Quién así pudo contrariar mi suerte?
Si estaba en el dolor desfallecida
¿Quién la arrancó de manos de la muerte?
Tú, que al cruzar los campos de mi vida
Me diste la ventura al conocerte.

—

Tu amor da luz al porvenir incierto
Y borra mi pasado tenebroso,
Y al corazón para las dichas muerto,
Lo vuelve apasionado y vigoroso;
El mundo ayer me pareció desierto
Y hoy, al pensar en ti, lo encuentro hermoso.

XVII

Sonó la media noche y sólo en mi aposento
Tu amor llenaba inmenso, mi triste pensamiento,
Y solos y ya juntos hablábamos los dos.
¡Ah! tú traías belleza y dichas y ternura;
Yo duelos y pobreza, dolores y amargura,
Toda la suerte horrible que pesa sobre mí;
Hablamos una historia de amor y de ventura.
Escúchala; fué así:
— Yo te amo, dijiste con dúlcido acento;
Comparto contigo la pena, el tormento,
Yo soy la que sueña tu fiel corazón;
Te traigo tus gratas soñadas delicias,
Sonrisas, suspiros, sollozos, caricias,
Todo eso que llaman los hombres: *pasión*.

—

Yo sé que tú sufres, yo sé que tú lloras,
Que ves cómo pasan veloces las horas
Sin que ellas te traigan consuelo ni paz;
Yo sé que de niño tus ojos no vieron
Á un ser adorado. Callaste y corrieron
Dos gotas de llanto quemando tu faz.

—

Yo sé que tú sufres ocultos dolores,
Yo sé que no tienes estrellas ni flores,
Y sé que me adoras y vengo hasta ti.
¿Me juras amarme?
— Mi amor es de duelo.
— Te traigo en mis brazos las dichas del cielo
Yo soy tu adorada; tú vives en mí.
Responde: ¿me quieres, me buscas, me llamas,
Me sueñas, me invocas, me sigues, me amas,
Formamos un alma tan sólo, los dos?
— ¡Ah sí! yo te quiero, te busco, te llamo.
Te sueño, te invoco, te sigo y te amo,
Cual aman y buscan los hombres á Dios.
— ¡Blasfemo!
— ¡Perdona!
— ¡Lo juras!

— Lo juro.
— Tu amor es mentira.
— Mi amor es tan puro,
Que nadie más puro lo puede sentir,
— ¿Qué anhelas?
— Yo anhelo mirarte á mi lado;
Ser tuyo, adorarte cual nadie ha adorado;
Contigo ser bueno, contigo morir.
— ¿Son ciertas tus frases?
— ¡Oh sí! todo es cierto.
Dormido te miro, te sueño despierto
Y le hablo á tu imagen doquiera que estoy.
En ti hallo la dicha, la gloria, la calma
Y estás en mi pecho y vives en mi alma
Y velas mis pasos doquiera que voy.
— ¿Y me amas?
— Te adoro.
— ¿Con fe?
— Con locura;
¡Oh! nunca me niegues la inmensa ventura,
De verme en tus ojos y estar junto á ti.
Que cuide tus pasos, que beba tu aliento,
Que bese tus labios, que escuche tu acento
Y nunca, no, nunca, te apartes de mí.

XVIII

Déjame ver la risa enamorada
Que entre tus rojos labios juguetea,
Mientras que libre y caprichosa ondea
Tu cabellera al aire destrenzada.
Dame esa rosa pura y matizada
Que viviendo en tu seno se recrea;
Deja que toda mi ventura sea
Abrasarme en la luz de tu mirada.
Eres para mi vida tan hermosa,
Y más que tan hermosa, tan querida,
Que á tu alma vuela mi alma presurosa;
En tu seno una flor miro prendida,
Cuando toquen mis labios esa rosa
Entre sus hojas dejaré mi vida.

XIX

Violetas, dulces violetas
Emblemas de mi pasión;
Estremecidas ó inquietas
Cual mensajeras secretas,
Habladle á mi corazón.
¡Qué arrobador embeleso
Siento al miraros aquí!
¿Qué hay en vuestro ser impreso?
—¡Nuestro ser te trae un beso
Que nos dieron para ti!
— Ella — Sí; la virgen bella
De los cielos de tu amor,
¿Sientes su invisible huella?
—La siento, porque con ella,
Está mi dicha mayor.
Venid adoradas flores
Y mis labios perfumad,

Calmad todos mis dolores
Y habladme de mis amores
Por toda una eternidad.
Con ansia amorosa y loca,
Olvidando mi sufrir;
Como el que la dicha invoca,
Puse en las flores mi boca
¡Torpe! las hice morir.
De mi pena en el exceso
Olvidé que está el dolor
Sobre mis labios impreso...
Al contacto de aquel beso
Fué muriendo cada flor.
¡Oh! pobres violetas mías
Es mi pecho su ataúd,
Murieron como los días
De ensueños y de alegrías
Que pueblan la juventud.
Suerte cruel, que las despojas
De galas y de esplendor,
Para aliviar mis congojas
Deja el beso que en sus hojas
Puso el ángel de mi amor.
Cuando de la pena al peso

El alma sucumba ya,
Yo, con ardiente embeleso
Pondré mi alma en ese beso
Y el alma despertará.
Violetas, flores benditas,
Quedad siempre, siempre aquí;
Que en mis dichas infinitas,
Si estáis para otros marchitas
Estáis vivas para mí.

XX

Yo sé que tú guardas, mitad de mi vida
La dulce esperanza, la luz bendecida,
Que enciende las dichas, y calma el dolor;
Por eso te quiero, por eso te adoro,
Por eso en tu ausencia te busco y te lloro,
¡Oh virgen! ¡tú formas mi cielo de amor!

—

Si llega la noche me sigue tu acento,
Te lleva doquiera mi fiel pensamiento,
Doquier me acompañas y vives en mí.
Por ti ya renacen mi dicha y mi calma,
Te llevo en mi mente, te guardo en el alma
De fiebre de amores, me muero por ti.

—

Tan dulce, tan bella, tan tierna, tan pura,
Son cielos tus ojos, es sol tu hermosura
Y Dios te acompaña doquiera que vas.
Tu voz es muy dulce; tu acento ¡qué digo!
Con toda mi vida tus frases bendigo
Si oigo en mis sueños que hablándome estás.

—

Quisiera en ofrenda, poner á tu paso,
Mi vida, mis sueños y entonces acaso
Me amaras con fuego, con santa pasión;
Son tuyos los cantos que brota mi lira,
Tu rostro es el rostro que en sueños me mira,
Sus ojos alumbran mi fiel corazón.

—

Yo te amo como ama á Dios el creyente,
La madre á su hijo, la flor á la fuente,
La alondra el espacio do cruza fugaz,
Sin ti nada quiero, sin ti seré nada,
Mitad de mi vida, mujer adorada,
Tú formas mi mundo de gloria y de paz.

—

Quisiera en tus brazos morir de ventura,
Borrar mis pesares, calmar mi amargura,
Y viéndote siempre, dejar el dolor.
Dejar en tu frente, de blanca azucena,
La vida, la gloria, la fe que me llena;
Morir en un beso supremo de amor.

XXI

La tarde se ha apagado en Occidente,
Fué un crepúsculo hermoso su agonía

Y en un lecho de nubes transparente,
La luna asoma su argentada frente
En luz bañando la arboleda umbría.
Naturaleza toda es un santuario,
Cada flor al dormir plega su broche,
Y en misteriosa voz el campanario
Saluda el nacimiento de la noche.
El viento entre las hojas da un gemido,
Calla la tierra en soñolienta calma,
Cada pájaro inquieto vuelve al nido
Y cada sueño de oro vuelve á el alma.
Es hora de soñar, en el boscaje
Cada árbol es un arpa que resuena,
Cada dulce ilusión es un miraje,
Y cada alma que flota, una azucena.
Hay en las sombras misteriosas huellas,
Hay algo como queja en los rumores,
Y hay rayos de esperanza en las estrellas
Y hay lágrimas de amor sobre las flores.
Tu alma de virgen que mi amor invoca
Viene á esta soledad muda y sombría,
Y me deja los besos de tu boca,
Y te lleva los besos de la mía.
Miro tus ojos con amor impresos

En mi frente ya mustia y abatida,
Y siento tus caricias y tus besos
Y tu aliento de amor dándome vida.
Es un mundo de mágicas delicias
El que halla el alma aquí sin pena alguna;
Siento bajar del cielo tus caricias,
En los pálidos rayos de la luna.
Yo busco tu expresión dulce y hermosa
En esta claridad llena de encanto;
Y en cada ave que duerme, en cada rosa,
Crece y palpita tu recuerdo santo.
¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué no vienes
Libre á gozar feliz de tus amores?
Azahares tengo para ornar tus sienes;
Serán tu alfombra el césped y las flores.
Olvidarás del mundo los agravios,
Tendrás los goces que soñó tu anhelo,
Y al juntarse mis labios con tus labios
Se alzarán nuestras almas hasta el cielo.

XXII

¿Qué tienen tus miradas, ángel mío?
Mírame siempre así;
¡Qué vértigo de amor, qué desvarío
Hay en tus ojos al fijarse en mí!

—

¡Mírame! que la dicha y el consuelo
Los busco en tu mirar;
Es el amor sin nombre, amor del cielo,
El que saben tus ojos expresar.

—

Astros de paz, que al corazón ardiente
Abrasan y fascinan;

Cuando vierten sus rayos en mi frente,
Todas mis horas tristes se iluminan.

—

¡Mírame! yo no tengo más ventura
Que ver tus ojos bellos,
Su claridad envuelve á tu alma pura;
Júntame á tu alma al retratarme en ellos.

—

Mis sueños de oro, mi perdida calma,
Mis horas más tranquilas,
Todo lo que hay de hermoso para el alma,
Vuelve á mí, si me miran tus pupilas.

—

¿Quieres verme feliz? que nunca sienta
Ni pesares, ni enojos.
Deja que mi alma de pasión sedienta
Beba la luz divina de tus ojos.

XXIII

Felice tú, virgen bella
Que sin sufrir desengaños,
Miras resbalar los años,
Miras las horas volar.
Felice tú que en la frente
Llevas por luz la pureza,
Sin que nublen tu belleza
Las tinieblas del pesar.

—

Yo, que te amo con fe ciega-
Que con el alma te adoro,
Que sólo en tu ausencia lloro,
Que gozo cerca de ti,
En estas horas que el cielo
Hizo sonar en tu cuna;

De mis flores busco alguna
Para dejártela aquí.

—

Hoy me miras y te miro,
Me sonríes y te sonrío,
Sintiendo en el pecho mío
La inmensidad de tu amor.
Calmando con tus halagos
Lo terrible de mi suerte;
Sin tener miedo á la muerte,
Sin doblegarme al dolor.

—

Hoy, sin lágrimas, sin quejas,
Alzo á ti mi voz sentida,
Como una estrofa querida
Que nace del corazón.
Tú ya sabes de mi historia
Las tristes y oscuras hojas;

Tú, ya sabes mis congojas
Y comprendes mi pasión.

—

¡Mañana! cuando ya tengas
Más años, más fe, más calma,
Mis pobres flores del alma,
Acaso llegues á ver.
Y á la luz esplendorosa
De un recuerdo lisonjero,
Dirás : « lo quise y lo quiero,
» Porque me supo querer ».

—

« Era un ser que vió en mis ojos
» Su delicia y su ventura,
» Le deslumbró mi hermosura,
» Mi gracia le fascinó.
» Poeta, me dió sus cantares,
» Hombre, me dió su alma altiva,

» Y su alma en mi amor cautiva
» Con delirio me adoró. »

Dirás así; mientras crecen
Sobre mi tumba olvidada,
Las flores que en la alborada
Se entreabran solas allí;
Sin una inscripción bendita,
Sin una dulce memoria,
Mi tumba como mi historia
Será ignorada por ti.

—

Tú feliz y sosegada
Quizá amando á otra alma buena,
Verás deslizar serena
La vida en tu derredor.
Tendrás un hogar dichoso,
Gozarás dulce contento

Y será tu pensamiento
Nido de dichas y amor.

—

Mientras que á mí, nadie lleva
Las ofrendas amistosas,
Ni los lauros ni las rosas,
Que mi mente ambicionó.
Sólo un sauce á cuya sombra
Quiero dormir sosegado...
Se alzará triste y callado
En tanto que duermo yo.

—

Virgen feliz y hechicera,
Fuente de luz y alegría,
Vida de la vida mía,
Única fe de mi amor.
Cuando la muerte ó la ausencia
Me envien á mundos extraños...
Bajo el sol de tu cumple-años,
Piensa en mí — guarda esta flor

XXIV

En cada corazón arde una llama,
Si aun vive la ilusión y amor impera,
Pero en mi corazón desque te ama
Sin que viva ilusión, arde una hoguera.

—

Oye esta confesión; te amo con miedo,
Con el miedo del alma á tu hermosura,
Y te traigo á mis sueños y no puedo
Llevarte más allá de mi amargura.

—

¿Sabes lo que es vivir como yo vivo?
¿Sabes lo que es llorar sin fe ni calma?

¿Mientras se muere el corazón cautivo
Y en la cruz del dolor expira el alma?

—

Eres al corazón lo que á las ruinas
Son los rayos del sol esplendoroso,
Donde el reptil se arropa en las espinas
Y se avergüenza el sol de ser hermoso.

—

Nunca podrás amarme aunque yo quiera,
Porque lo exige así mi suerte impía,
Y si esa misma suerte nos uniera
Tú fueras desgraciada por ser mía.

—

Deja que te contemple y que te adore,
Y que escuche tu voz y que te admire,
Aunque al decirte adiós, con risas llore,
Y al volvernos á ver llore y suspire.

—

Yo no quiero enlazar á mi destino
Tu dulce juventud de horas tranquilas,
Ni he de dar otro sol á mi camino
Que los soles que guardan tus pupilas.

—

Estremézcame siempre tu belleza
Aunque no me des nunca tus amores,
Y no adornes con flores tu cabeza
Pues me encelan los besos de las flores.

—

Siempre rubios, finísimos y bellos,
Madejas de oro, en célica guirnalda,
Caigan flotando libres tus cabellos,
Como un manto de reina por tu espalda.

—

Es cielo azul el que mi amor desea,
La flor que más me encanta es siempre hermosa,

Que en tu talle gentil yo siempre vea
Tu veste tropical de azul y rosa.

—

Mírame con tus ojos adormidos,
Sonriéndote graciosa y dulcemente,
Y avergüenza y maldice á mis sentidos
Mostrándome el rubor sobre tu frente.

—

¿Yo nunca seré tuyo? ¡ay! ese día,
Oscureciera al sol duelo profundo;
Mas para ser feliz sobre este mundo
Bástame amarte sin llamarte mía.

XXV

¡Soplos de llama! ráfagas que abrasan,
Olas de fuego que rodando pasan,
Y queman al pasar mi corazón...
Flores que al mundo su perfume arrojan
Y que al ir á tocarlas se deshojan...
Eso las dichas de mi muerte son,
¡Ah! ¡cuántas veces desperté creyendo
Que en un hogar dichoso, sonriendo
Conmigo estabas sola... nada más,
Y al verme aislado y pobre, en mi aposento
Vi que la mayor dicha, es un momento
Que no llega jamás!
La vida es una cárcel donde encierra
El alma, las miserias de la tierra,
Odios, pobreza, soledad, dolor...
Siempre esperamos dichas y consuelo...

Y nunca, ¡nunca llegan! dime ¡oh cielo!
¿Dónde existe el amor?
En el mundo acompañan nuestros años,
La tristeza, el pesar, los desengaños,
Todas las penas míseras de acá.
El cuerpo ya cansado se derrumba...
Y el olvido nos sigue hasta la tumba
¿Qué importa el *más allá?*

XXVI

Si mi alma mártir, se rompiera en flores,
Como la rompe en quejas el destino,
Yo ya hubiera alfombrado en mis amores
Con las flores del alma tu camino.
Si dieran luz, como en mi mal profundo,
Dan hoy mis ojos lágrimas de duelo,
Yo te borrara al sol en este mundo
Y con toda esa luz te hiciera un cielo.

Mas ya que mi alma triste y dolorida
Flores no puede dar, ni luz mis ojos...
Toma mi corazón, toma mi vida,
Por la sonrisa de tus labios rojos.

XXVII

Anoche soñando que tú me querías
Vi á un ángel del cielo tranquilo bajar,
Y luego juntaba tu mano á las mías
Y yo te miraba y tú me decías
« Con todo mi pecho te voy á adorar. »
¡Que vas á adorarme! mentira, mentira,
Yo soy la desgracia, sin luz y sin fe...
Y entonces el ángel solloza, suspira...
Y al irse hasta el cielo, sonriendo te mira,
Y luego... llorando de amor desperté.

XXVIII

Celoso estoy; mas no de otra criatura
Que te pueda querer, amada mía,
¿Quién al mirar tu esplêndida hermosura
No tiene celos de la luz del día?
¿Quién al mirar tus ojos claros, bellos,
No tiembla de pasión con tu mirada?
¿Á qué brisa que juegue en tus cabellos
No ha de envidiar el alma enamorada?
El eco de tu voz, apenas toca
Mis oídos y en ellos queda impreso;
Envidio á las palabras de tu boca
Porque cada palabra lleva un beso.
El aire embalsamado que respiras,
La intensa luz que tu semblante baña,
Lo que oyes, lo que tocas, lo que miras,
Todo, todo, mis celos acompaña.

La bella flor que en el pensil galano
Siempre airosa y galana se levanta,
Envidia da si la tocó tu mano,
Celos me da si la tocó tu planta.
Á ese infinito amor que mi alma encierra
Lo que se acerca á ti le causa celo...
No puedo amar como aman en la tierra;
Mis celos y mi amor vienen del cielo.

XXIX

Vuela inquieta hora tras hora
Sin condolerse de mí,
Y el alma que ausente llora,
Te llama, te ve, te adora,
Y vive sólo por ti.
El destino en su inclemencia
Hoy me condena al dolor,
Mas ¿qué me importa la ausencia

Si mi amor es tu existencia
Y mi existencia es tu amor?
Muere un día y nace otro día
Y crece más mi pasión,
Y en tan ciega idolatría,
Esta ausencia, amada mía,
Me destroza el corazón.
Estrella de mis amores,
¿Por qué me alejan de ti?
¿Por qué dan á tus fulgores,
Otro cielo y otras flores,
Que están muy lejos de mí?...
¿Muy lejos?... ¡No! ¿Qué barrera
De ti me separará?
Esta alma que es una hoguera,
Á ti su pasión postrera
Á doquiera seguirá.
No te olvides del ausente
Que va de tu huella en pos;
Piensa en el que te ama ardiente,
Cuyo labio balbuciente
No pudo decirte « adiós ».
Piensa en el alma abatida
Por la ausencia y el dolor,

Tan amante y tan sufrida;
Piensa, mitad de mi vida,
En mis promesas de amor.
Quizá una lágrima bella
Mi recuerdo te arrancó,
Y dulce, amorosa estrella,
Sentiste brotar con ella
Lo que ausente sufro yo.
Tú, mi amor; tú, mi alegría,
Mientras yo vuelo hasta ti...
Guárdame en tu fantasía...
Vida de la vida mía,
Siempre, siempre, piensa en mí.

XXX

Alzada en una pradera
Toda luz, vida y amores,
Cuyas sempiternas flores

Siempre están en primavera;
Junto á las frescas orillas
De un arroyo cristalino
Que refresca en su camino
Jacintos y maravillas;
Frente á hondonadas y lomas
Siempre hermosas, siempre bellas.
Porque sólo se oye en ellas
El cantar de las palomas;
Envuelta en blancos jazmines,
Sobre los cuales volando
Pasan de tarde cantando
Bandadas de colorines...
Está una humilde mansión
Tan sosegada y tan quieta,
Que es una imagen secreta
De la paz del corazón.
Entre nubes blanquecinas
Se alza pura en las mañanas
Cuando sobre sus ventanas
Se arrullan las golondrinas.
Es un palacio de amor
Donde halla quietud el alma,
Sin que perturbe su calma

La tempestad del dolor.
Viven en ellas tranquilas
Almas buenas é inocentes,
Allí están limpias las frentes
Y serenas las pupilas.
Su campo está sin rumores,
Sus habitantes sin duelo,
Muy transparente su cielo
Y muy hermosas sus flores.
Le dan sus brisas ligeras
Besos que están perfumados;
Tiene esa mansión tejados
De mirtos y enredaderas.
Amor y melancolía
Allí sus voces levantan,
Cuando los pájaros cantan
Al primer rayo del día.
De la corte los engaños
Nunca empañan sus auroras,
¡Qué dulces pasan sus horas
Y se deslizan sus años!
Allí entre goces suaves
Las almas dichas apuran,
Mientras las fuentes murmuran

Lo que repiten las aves.
¡Qué soledad tan dichosa!
¡Qué quietud tan bendecida!
¡Qué lenta pasa la vida
En esa mansión hermosa!
Allí las penas no abruman,
Ni los dolores espantan,
Todos los pájaros cantan,
Todas las flores perfuman.
Siempre que la noche llega
Deja más dichas soñadas,
Pues son sombras adoradas
Las sombras que en ella riega.
Allí se vive contento,
Allí se duerme con calma,
Sin que nada enlute el alma
Ni entristezca el pensamiento.
Cada flor cierra su broche,
Cuando el sol ya apenas arde;
Allí es muy dulce la tarde
Y es muy callada la noche.
Durante el sueño, bajando
Dios á ese hogar, lo bendice;
Y es el zenzontle el que dice

Las horas que van pasando.
Y si la luz se avecina
Despierta naturaleza...
Calla el zenzontle y empieza
Á cantar la golondrina.
Despiertan los labradores,
Todo rebosa alegría,
Y se alzan cantando al día
Almas, pájaros y flores.
En ella tendrán abrigo
Dos almas que la han soñado,
Si allí te viera á mi lado
¡Qué feliz fuera contigo!
De nuevas dichas en pos
Brillarían nuestras auroras;
Allí caen á todas horas
Las bendiciones de Dios.

XXXI

¡Oh tú! mi lirio blanco, mi virgen pudorosa,
Á quien adoro ciego, con férvida pasión,
Cuando te miro y te hablo, mujer la más hermosa,
No sé que aliento mágico me quema el corazón.

—

¡Perdóname! ¡te amo! ningun ser de la tierra,
Podrá adorarte tanto como te adoro yo
Y esta pasión sagrada que mi existir encierra
Al conocerte ¡oh virgen! en mi alma despertó.

—

¡Perdona! yo me duermo soñando en tu ternura,
Despierto y me enajena tu mágico esplendor,

Á ti se acerca al alma, como la linfa pura
Se acerca á la ribera para besar la flor.

—

Amor es el que llena las horas de mi vida,
El que mi ser transforma en culto de pasión;
El que en mi pecho deja tu imagen bendecida,
El que hace de tu nombre mi canto y mi oración.

—

Mañana, cuando al soplo airado de la suerte
Los dos nos separemos sin darnos un adiós,
Mañana que el olvido, imagen de la muerte,
Derrame sus tinieblas en medio de los dos;

—

Evocaré tu sombra, soñando en tu existencia,
Evocaré tu imagen, amándote cual hoy,
Y haré menos amargas las horas de la ausencia,
Y haré florido el campo por do cruzando voy.

—

¡Mujer de mis recuerdos! mitad del alma mía,
Mañana no te olvides de quien te adora así;
Yo quedo como un mundo á quien le falta el día,
Un mundo de pesares que acabará sin ti.

—

No olvides nuestros sueños de dichas y de amores,
La tierra á tu presencia me pareció un edén,
Tu velo vaporoso, tu hogar entre las flores;
Tus horas de deliquio; recuérdalas también.

—

Viajero fatigado, yo cruzo ese camino
Que apenas puedo débil seguir entre el dolor;
Me llevan mis pesares; me lleva mi destino;
¡Qué haré sobre la tierra faltándome tu amor!

—

No busques de mi vida las páginas dichosas,
Mi historia es de tormentos; nací para sufrir,

Tú fuiste, virgen bella, la que sembró de rosas
Los campos de mi triste y oscuro porvenir.

—

Hermosa y seductora, sonriendo y cautivando
¿Por qué le niegas, dime, tus gracias á mi afán,
Si tú no me sonríes, si no me estás mirando,
Las sombras de la muerte mis ojos nublarán.

—

Por eso luego escondo mi llanto con la risa,
Con falsa dicha encubro mi tétrico dolor;
Tus ojos como soles, tu aliento como brisa
Alumbran y eternizan las flores de mi amor.

—

¿Serás para mí, siempre, severa y desdeñosa?
¿Ni mi pasión inmensa, ni mi infortunio ves?
Mi vida es toda tuya, contémplame amorosa,
Mi orgullo es la corona que tienes á tus pies.

XXXII

Hoy, en el mismo día
En que pusieron nombre á tu hermosura
Llenan los ecos de la lira mía
Los himnos que levanto á tu ventura.

—

Nada hay que pueda darte
Digno de ti mi borrascosa suerte,
Yo nací nada más para adorarte;
Tuyo será mi amor hasta la muerte.

—

No temas al destino,
El cielo que en mirarte se embelesa,

Tiene un ángel que vela tu camino,
Que baja á tu alma y que tu frente besa.

—

Goza dichas y calma,
Mientras yo, que al amarte te bendigo,
En alas de mi amor te mando el alma;
Mi alma nació para vivir contigo.

—

Pasen gratas tus horas
De paz, de encanto y de delicia llenas,
Yo sólo sé llorar cuando tú lloras,
Y sufro sólo con tus mismas penas.

—

Amarte con locura
Es el único bien que mi alma alcanza;
Verte, hablarte y oirte es mi ventura;
Ser tuyo, siempre tuyo, es mi esperanza.

XXXIII

Había una claridad en todo el cielo
Que si era de la tarde la agonía,
La tarde agonizaba dando al suelo
Los besos de aquel sol que se moría.
Y volaban las horas... y con ellas
Eran más y más dulces mis amores...
Y envidiosas se alzaban las estrellas
Y avergonzadas se dormían las flores.
Ella fijando sus divinos ojos
En mis ojos sin brillo por el llanto...
Trémulos de pasión los labios rojos,
Llena la faz de celestial encanto.
Pura, gentil, apasionada, ardiente,
Emblema de ventura y poesía...
Mi alma volaba hasta besar su frente,
Su alma volaba hasta besar la mía...
¡Nada era allí dolores ni amargura!

¡Dulces goces de amor, la vida en ellos!
¡Cómo en su frente virginal y pura,
Flotaban aromosos sus cabellos!
 ¡Crepúsculo de amor, noche aromada
Por las urnas balsámicas del cielo!
¿Hay mujer más hermosa y más amada
Que la mujer que consagró mi anhelo?
 ¿Di si hay otra alma que el amor encierra
Más inmensa al amar y más altiva,
Que aquella alma que hallé sobre la tierra
Y tiene á mi alma en su pasión cautiva?
 Dime, ¡noche de amor! ¡más dicha existe
En otro corazón que la del mío!
¿Viste otro amor, revélame, lo viste
Más fuego, más pasión, más desvarío?
 Noche apacible, embalsamada y bella
Fuiste de nuestras dichas la testigo...
Mi alma ya no está en mí... vive con ella,
 Su alma no vive en ella... está conmigo;
Pues nos trajiste un beso en cada estrella;
¡Oh noche de mi amor! yo te bendigo.

XXXIV

Escucha... ya vibra la dulce campana
Que anuncia y saluda la luz de mañana,
La luz que ha bañado tu cuna al nacer:
Mi pecho palpita de gozo profundo,
Á esa hora fué un cáliz de rosas al mundo,
Y encima dos besos tus pies de mujer.

—

¡Naciste!... cada astro bañaba en fulgores
La mágica senda cubierta de flores;
El santo camino que habías de seguir;
Tus ojos se abrieron radiantes de encanto,
En ellos el cielo retrata su manto,
En ellos su aurora guardó el porvenir.

—

Tú eres entonces la fiel mensajera
Que anuncia una eterna, feliz primavera,
Que esparce la dicha matando el dolor;
La flor que á un suspiro celeste se abría
Guardando en su cáliz los rayos del día
Por tu alma cambiados en rayos de amor.

—

¡Naciste! y las brisas soplaron suaves,
Se abrieron las flores, cantaron las aves,
Y sólo eran tuyos los rayos del sol.
Amor es tu culto, virtud es tu lema,
Y fué desde entonces tu vida un poema,
¡Bendita mil veces tu santa misión!

XXXV

Hoy es... ya no vibra la dulce campana;
Hermosa y serena se alzó la mañana,

El sol como entonces radiante lo ves.
Mi labio temblando de gozo, te nombra,
Acércate virgen, pondré por alfombra,
Ofrenda del alma, mi lira á tus pies.

—

Jamás cuando vengas á abrir estas hojas
Se agrupen en tu alma terribles congojas :
Los ángeles nunca supieron llorar.
Que nunca te falte ni amor ni hermosura,
El cielo que guarda tu eterna ventura
Te ha dado en mi pecho tu trono y tu altar.

XXXVI

Campo cuya tierra nunca
Besaba el sol,

Sin aves, fuentes, ni flores
Eso fuí yo.

—

Sol que brillaba en un cielo
Siempre azul...
Vida en su luz derramando,
Fuiste tú.

—

Sol que vuelve al campo estéril
Vida y amor...
Campo que vive á sus besos
Somos tú y yo.

XXXVII

Acabas de ver el cielo,
Con la esplendidez de Dios:

Así se ha puesto mi alma,
Espléndida con tu amor.

XXXVIII

¿Más delirios aún?... Sombra que vienes
En alas de la noche á mi retiro;
Si es la forma de un sueño la que tienes,
¿Por qué escucho tu voz? ¿Por qué te miro?
¿Qué pretendes decirme en estas horas
Silenciosas y lentas y sombrías?...
Huye, sombra, tú ignoras
Qué horribles pasan mis amargos días.
Tú, sólo sabes que con fiebre loca
Abro mi corazón á tus amores;
Pero el dolor que el alma me sofoca,
No te lo he de decir porque no llores.

—

Ámame con la fe de tu alma pura,
Mírame de rubor estremecida,
Háblame de pasión y de ventura
Y huye de los tormentos de amargura
Que ennegrecen las horas de mi vida.

—

Hay en mi alma una pena, es tan callada
Como intensa y tenaz; forma mi anhelo
Verla, si no extinguida, consolada;
Por eso busco siempre tu mirada;
Sólo cuando me ves hallo consuelo.

—

Mi siempre blanco y perfumado lirio,
No enlutarán mis duelos tu belleza;
Mi fe se aviva más en el martirio;
Mi alma tiene un refugio en la tristeza.

—

Tuyo es no más mi corazón ardiente;
Calman tus esperanzas mis dolores;

Y las espinas que hay sobre mi frente
Se tornarán con tus caricias flores.

—

¡Yo te amo! ¡sí! mi labio que lo dice
Se estremece de júbilo y te llama...
El alma en el silencio te bendice
Y lágrimas de amor por ti derrama.

—

¡Mujer de bendición! en el incierto
Camino por do cruzo, sé mi guía,
¡Cómo te he de olvidar! Estando muerto
Mi polvo en el sepulcro te amaría...
Si el *más allá* tras de la tumba es cierto,
Eternamente, te amaré, alma mía.

XXXIX

« Á ti te amo no más, no más á ti. »
DOLORES GUERRERO.

Á ti, la de alma tropical y ardiente
Que enamorada, á bendecirla llego,
La de ojos claros y mirar de fuego,
Que enciende y arrebata de pasión,
Á ti todas las notas de mi lira,
Á ti todo mi amor y mi ternura,
Porque eres tú la espléndida criatura
Á quien ama con fiebre el corazón.
Á ti, que eres más dulce y más hermosa
Que el primer resplandor de la mañana,
Cuando el mundo despierta y se engalana
Con el beso de luz que le envía Dios;
Á ti todas mis tiernas esperanzas,
Á ti toda mi fe santa y querida,

Porque eres tú la vida de mi vida
Y un solo corazón late en los dos.
Me da celos la brisa cuando pasa
Acariciando suave tu semblante,
Me da celos la fuente murmurante
Que retrata tu rostro en su cristal.
Celos, la luz que tus pupilas hiere
Si alzas tu rostro para ver al cielo.
Y hasta Dios, hasta Dios, me causa celo
Cuando rezas contrita ante el altar.
Yo quisiera que nadie te mirara,
Ni que tus frases sobre el mundo oyera,
Y que yo sólo venturoso fuera
Guardándote en mi propio corazón.
Porque eres tú la vida de mi vida,
Que yo idolatro con amor ardiente
Y quisiera vivir eternamente
Extasiado contigo, de pasión.

XL

Deja que arrodillado me embelese
En ti, mi única, inmensa adoración,
Déjame que te abraze, que te bese,
Junta á mi corazón tu corazón.
Deja que se haga eterna aquesta hora
En que me ves y me hablas, vida mía,
Que llore mi alma cuando tu alma llore
Que ría mi labio cuando el tuyo ría.
Deja que Dios sea el único testigo
De esta pasión que el corazón abrasa,
Deja que muera de pasión contigo
Mientras la vida transitoria pasa.
Y así, siempre á tu lado y de rodillas
Olvidado del mundo y sus enojos,
Sintiendo en mis mejillas tus mejillas
Y mirando mis ojos en tus ojos.
Sintiendo que las ondas de tu aliento

Van con las ondas de mi aliento unidas,
Estando en oración mi pensamiento,
Y en éxtasis latiendo nuestras vidas.
Sabrás por qué mi corazón se viste
De un luto que contagia mi cariño,
Sabrás por qué mi frente está tan triste
Desde mis horas plácidas de niño.
Yo te diré qué amargo desconsuelo,
Qué horrible maldición de la fortuna,
Como un negro crespón sobre mi cielo,
La suerte descorrió sobre mi cuna.
Sabrás todo lo que hay dentro mi mente,
Y que sólo por ti disfruto calma,
Y besarás mis ojos y mi frente,
Y tú serás la adoración de mi alma.

XLI

¿Podré dejar de amarte cuando has sido
La redención de todos mis dolores,

Y te podré olvidar cuando he nacido
Sólo para vivir de tus amores?
No puedo estar sin ti... pasa un momento
Y al no mirarte me estremezco y lloro,
Y te grita la voz del pensamiento :
Ven, yo con todo el corazón te adoro.
¿Y tú me hablas de ayer? y es tu reproche
Desgarrador y amargo... ¡suerte impía!
¡Ayer! eterna y tenebrosa noche
Que cambiaste en aurora, vida mía.
Tú, sólo tú le volverás la calma
Á éste mi corazón que en ti palpita;
¡Y tú serás la adoración de mi alma
Inmaculada, espléndida, infinita!

XLII

¿No has visto á la media noche
Cuando duerme la natura

Esas nubes tan negras, tan tristes
Que empañan la luna?

—

Luna que llenas el cielo
De mi amor, de mi ventura,
Nubes negras que se alzan del alma,
Los celos te nublan.

—

¿No has visto cómo en el árbol
Los pajarillos saludan,
A esos bellos celajes que prende
La aurora en su túnica?

—

Celaje de oro, que rompe
De mis pesares la bruma,
Desde el árbol de mi alma, mis cantos,
Te llaman, te buscan.

—

¿No has visto en la Primavera,
Que límpido el sol fulgura,
Cómo se abren las flores y el campo
Tranquilas perfuman?

—

Primavera eternal de mi vida,
Tu amor me perfuma,
Son tus ojos dos soles que siempre
Me animan, me alumbran.

—

¿No has visto al niño en el templo,
Frente baja, boca muda,
Adorar con la fe de la infancia
Á Dios que lo escucha?

—

Así yo, frente al destino
Que me mostró tu hermosura,

Te idolatro con esa fe inmensa
Que se alza en la cuna.

—

Una estrella que el misterio
Encendió sobre mi angustia,
Ilumina felices dos almas,
Felices, por juntas.

—

Qué importa que nuestra suerte
Esté dudosa y oscura,
Quién podrá separar en la tierra
Mi vida y la tuya?...

XLIII

Anoche cuando dormía
De cansancio fatigado,

No sé qué sueño dorado
Flotó sobre el alma mía...
Recuerdo que te veía,
Que tú me estabas mirando,
Que yo te estaba contando
Mi vida triste, muy triste;
Que después despareciste
Y abrí los ojos llorando.

XLIV

Murió otoño...... el viento frío,
Ahuyenta á los ruiseñores,
Y en el campo no halla flores
Donde posarse el rocío;
Un árbol triste y sombrío
Alza sus ramas al cielo.
Mata sus fuerzas el hielo,
Las rompe el viento en astillas,

Y sus hojas amarillas
Poco á poco caen al suelo.

—

En mi alma así las pasiones
Dejando un dolor eterno,
Vinieron como el invierno
Á matar mis ilusiones :
Llanto, pesar, decepciones,
Guardaba mi corazón.
Y cuando era mi ambición
Buscar refugio en la muerte
Plugo al cielo conocerte
Y volver á la ilusión.

—

El árbol que en la pradera
Causaba al verlo congojas :
Vistióse de nuevas hojas
Al nacer la primavera.
Yo, que como el árbol era
Sin protección, sin abrigo,

Presa del cruel enemigo
Del alma, la decepción,
Al darte mi corazón
Hallé la vida contigo.

XLV

Moría la tarde, y la noche
Su oscuro velo tendía,
Cada ave se recogía,
Cada flor cerraba el broche,
Y yo aislado,
Solamente acompañado,
De tu imagen seductora,
Por tu recuerdo animado,
Miré en la tarde la aurora
Porque tú me habías mirado.

—

Ama el poeta á la natura,
Ama Dios el serafín,
Pero ni el poeta, ni el ángel
Aman como te amo á ti.

—

Cada flor derrama esencia,
Cada estrella vierte luz,
Pero ni flores ni estrellas
Me deslumbran como tú.
Te veo más linda que el campo,
Más pura que el cielo azul,
Y te amo con toda el alma
Pues toda el alma eres tú.

—

Dicen que los niños duermen
Bajo las alas de un ángel...
Y yo no envidio á los niños
Porque me vela tu imagen.
Tu imagen que para el alma
Es dulce como una madre,

Como una hermana, bendita,
Y ardiente como una amante...
Dime, tú, mujer del cielo,
¿Por qué calmas mis pesares?
Al dormir cierro los ojos
Y no dejo de mirarte...
Porque si yo no te viese
No sería porque cegase,
Que tan sólo es ciega el alma
Cuando es el cuerpo un cadáver,
Y te he de ver mientras viva
Como á Dios, en todas partes.

—

Vi una ave cruzar el cielo,
Y pregunté ¿Adónde va?...
Y ella sin parar el vuelo,
Me respondió "Voy allá".
Allá, me dije; ¡quién sabe!
Y ella me vió entristecer;
Que tuve celos del ave
Creyendo que te iba á ver.

—

Llegué al templo temblando,
De alguna creencia, delirante en pos;
Vi al sacerdote alzando,
La blanca forma en que se oculta Dios...
Era el primer albor de la mañana,
Todo era santo y misterioso allí...
"De rodillas", nos dijo la campana
Y no me arrodillé... pensaba en ti.

—

Alguien me dijo: ¡Impío!
Póstrate conmovido en oración,
Y respondí mirándote, bien mío:
Orando está mi ardiente corazón.

XLVI

No quiero que el aire aliente
Ni que nos alumbre el sol,

Ni que haya en el árbol fruto
Ni que haya en la planta flor,
Ni juventud en el alma
Ni en la juventud pasión.
Que todo y mejor que todo
Es para mi ser tu amor,
Y sin tu amor, vida mía,
Nada, nada quiero yo.

XLVII

Era todo un mar de oro el horizonte,
Sobre la cima del helado monte
Se derramaba en orlas la púrpura del sol;
Y suspendido en el azul del cielo
Espléndido flotaba como prendido á un velo
El último celaje de nácar y arrebol.

Abriendo sus corolas las flores vespertinas,
Buscando el dulce nido las pardas golondrinas,
Humilde á su cabaña volviendo el labrador;
Todo lo que aparece al expirar el día
Se retrataba inmenso dentro del alma mía,
Del alma donde vive la lumbre de tu amor.

—

Yo, que miraba absorto la natura
Pensando en tu belleza, pensando en tu ternura
"Voy á cantarla" dije, para gozar así.
Y frente á sus encantos, hice vibrar mi lira;
Vibró, pero en silencio. Naturaleza inspira,
Pero mi lira es sólo para cantarte á ti.

—

Me dormí oyendo en el alma
No sé qué dulce concierto,
Y en esa hora las campanas
Estaban tocando á muerto,
Y una voz pausada y lúgubre
Rezaba por el que *fué*.

Y yo sin que nada santo
Mi corazón consolara,
Dejé sonar esos dobles,
Dejé á la voz que rezara...
Pasaste junto á esa tumba
Y al verte resucité.

XLVIII

No me preguntes nunca
Si he amado á otra mujer antes que á ti,
Que aunque yo te lo niegue
Te ha de decir el corazón que sí...

—

Y no es porque haya sido
Que á nadie más que á ti, mi alma adoró,

Y en el amor inmenso
Causa celos el tiempo que pasó...

—

Perdóname que débil
Te acuse de otro tiempo y de otro amor,
Yo sé que no has amado,
Pero al pensarlo muero de dolor.

—

Los celos nos devoran
Y por esto sufrimos, bien lo sé;
Nuestras almas se adoran,
¡Qué nunca falte á nuestro amor la fe!

—

Cada noche cuando duermes
Soñarás en que me voy,
Lejos, muy lejos, muy lejos
De donde vivimos hoy.

—

Yo cada noche llorando
Que me olvidas soñaré,
Y que te vas y que vives
Muy lejos de donde esté...

—

Pero no temas, no temas,
Que ese sueño no será :
Siempre el que tiene la dicha
Sueña con que se le va...

XLIX

Si el terrible poder del destino
Nos llegase á apartar algún día,
Aunque sigas opuesto camino
Tu alma siempre estará con la mia,

—

¿Quién dos almas que se aman divide
Aunque el dardo de ausencia nos hiera?
No me puedes pedir que te olvide
Porque no has de querer que me muera.

L

¿Cabe la eternidad en un instante?
¡No¡ ¡No puede caber!
Y sin embargo, cuando estoy contigo
Siento la eternidad, si tú me ves...
El amor infinito es un misterio
Y todo lo imposible cabe en él.

LI

Tengo una sombra sobre mi cielo,
Dentro del alma tengo un dolor,
Sombra de duda,
Sombra de celo,
Sombra que empaña mi ardiente amor.

—

Mata esa sombra con tu ternura;
Viertan tus ojos con su expresión,
Luz infinita,
Luz de ventura,
Luz que ilumine mi corazón,

—

¡Ay! tú no sabes que sufro y lloro,
Si no te miro, si no me ves,

Porque te quiero,
Porque te adoro,
Porque está mi alma bajo tus pies.

LII

¿Que te pueda olvidar? más fácil fuera
Callar al corazón,
Dejar sin pensamiento mi cerebro,
Y mis pupilas sin la luz del sol...
Aunque me despreciaras, aun entonces
Te adoraría cual hoy;
Tú, que orando te elevas hasta el cielo
Pregúntaselo á Dios,
Todo pueden pedirme, hasta la muerte,
Pero pedirme que te olvide... ¡no!

LIII

No hay un cielo más hermoso
Que el de un amor en el alma,
Ni horizonte más sereno
Que el que finge la esperanza;
Mas ¡ay! que si el desengaño
Su sombra en ello derrama,
Ese cielo se oscurece,
Ese horizonte se apaga.
Y en vano vienen las quejas
Y en vano brotan las lágrimas;
Vivir es tener el pecho
Lleno de amor y esperanza
Y ¡hay de aquel á quien la suerte
Sus ensueños arrebata!
¡Ay de aquel que nada espera!
¡Ay de aquel que ya no ama!
¡Que tiene dolor sin quejas,

Que llega á llorar sin lágrimas!
Es una tumba su pecho,
Es un cadáver su alma,
Su porvenir una sombra
Y su pasado un fantasma,

—

¡Vida de mi ardiente vida!
Mi corazón te idolatra;
Tu amor llena mi existencia
De ilusión y de esperanza,
Y si tu amor se extinguiere
Si mi esperanza se acaba,
Si te ausentas y si dejas
En el olvido á mi alma,
Y si hasta mi nombre borras
Y mis promesas más santas;
Mi amor enfrente á tu olvido
Mantendrá viva su llama;
Vivirán mis ilusiones,
Vivirán mis esperanzas,
Porque amando y esperando
¿Qué corazón no se salva?

LIV

Soñé que soñabas."

¿Sueñas? despierta que se acerca el día;
Ella hablando dormida : *Te amo, sí.*
¿Á quién hablas tan dulce, vida mía?
Despierta, tengo celos ¡qué agonía!
¡Quizá durmiendo se olvidó de mí!
Ella; *Tú formas mi pasión, mi anhelo,*
¡Calla! *Una vida animará á los dos.*
¡Despierta...! ¿Á quién hablabas? ¡tengo celo!
Ella al abrir los ojos : "Tú en el cielo"
¿Y estabas junto á mí? ¡qué bueno es Dios!

LV

Mi vida es como el mar; tiene en sus horas,
La agitación que lo levanta airado,
Cuando envuelto en sus ondas bramadoras,
Se arrastra el huracán desenfrenado.

—

¡Ah! cuando esquiva tu mirada ardiente
No la fijas en mí, que te amo tanto,
Mi vida como el mar se agita hirviente
Y son su tempestad, quejas y llanto.

—

Cuando amorosa y tierna cual ninguna
Fijas en mí tus lánguidas pupilas,

Mi vida es como un mar donde la luna
Alumbra olas calladas y tranquilas.

—

Á tu voz celestial, mis ilusiones
Despiertan siempre mágicas y bellas,
Y tienen con tus dulces expresiones
Mi mundo flores y mi cielo estrellas.

—

¡Mi vida es como el mar! tú la dominas
Y vences su arrebato y sus furores;
Cambias en blondas de oro sus neblinas,
Su estéril playa, en piélago de flores.

—

Se le opone el destino y lo derrumba,
Vence por ti las leyes de la suerte
Y salva los abismos de la tumba
Y enciende las tinieblas de la muerte.

LVI

¡Oh mi virgen de amor! es tu mirada
La mágica expresión de la pureza
Que irradia en el fulgor de una alborada;
Y coronan tu frente inmaculada
La juventud, la gracia y la belleza.

—

Eres la predilecta, la escogida
Del genio que proteje la ventura;
La flor en el desierto de la vida,
La reina en el verjel de la hermosura.

—

Cruzas la tierra y con tu leve planta
Vas, al pisar, acariciando el suelo,

Y tu sonrisa virginal y santa
Es un reflejo del amor del cielo.

—

Eres esbelta; la flexible palma
Te dió su gentileza y gallardía...
Y al conocerte ¡ religión del alma!
Te hallé como mi amor te presentía.

—

¡ Cómo no idolatrarte estremecido
De infinita pasión! ¡Cómo no verte
Estando en tu mirar embebecido!
Nunca este amor extinguirá la suerte,
Ni podrán en mi mundo oscurecerte
Los cendales de niebla del olvido.

—

¡Oh mi púdica y pálida azucena!
Mi vida que en el tedio se consume,

Surge de amor y de esperanza llena
Y encuentra redención con tu perfume.

—

Te vi y el corazón bañado en fuego
Suspendió su latir... te conocía...
Se nublaron mis ojos ¡ ay! y luego
Voló á tu corazón el alma mía.
Busqué en vano la calma de otras horas,
Y evoqué con los sueños del pasado
De otra edad las fantásticas auroras;
Y fuí feliz y me soñé á tu lado.

—

Este amor que halla el universo estrecho
Para poder vivir, Dios es testigo
Que á tu presencia se encendió en mi pecho,
¡ Dios sabe bien que morirá conmigo!

LVII

¿Te acuerdas de aquel día
En que al trocarse en realidad mi anhelo,
Era la vez primera que veía,
Tu rostro que en mis sueños presentía
Tus lindos ojos de color de cielo...?

—

Era en el mes, de encantos seductores,
Cuando sólo hay perfumes en la brisa,
Y el cielo es muy azul y hay muchas flores...
Mayo, que retrataba tu sonrisa
Doquier vertiendo juventud y amores.

—

Te conocí cuando la amarga pena
Hería mi corazón; tras esos años
Cuyo recuerdo horrible me envenena.
¡Ah! tú de vida y esperanzas llena,
Llorando yo mis tristes desengaños.

—

¡Divina encarnación de un sueño hermoso!
Del edén inmortal, ángel proscrito,
Al eco de mi acento cariñoso,
Escuché de tu labio tembloroso
No sé qué de espontáneo y de bendito...

—

¿Me amabas ya? ¡no sé! ¿quién interpreta
El misterio de una alma recatada,
Á quien el soplo del dolor no inquieta?
Al estrechar tu mano fuí poeta,
¡Me soñé un dios, sintiendo tu mirada!

—

Me deslumbraba tu mirar divino,
Á tus plantas caí rendido y ciego,
Y siendo sobre el mundo un peregrino,
Puse á tus pies mi corazón de fuego,
Hice de tu alma el sol de mi destino.

—

Hablamos de tu suerte y de mi suerte,
Y tu acento de amor, dulce y querido,
Me salvó del olvido y de la muerte;
¡Ah! yo te amaba ya, sin conocerte,
Mi alma te había esperado y presentido.

—

Así... pálida y casta... tu belleza
Como un astro de amor dulce y profundo,
¡Joya de la sin par naturaleza!
Espléndida y altiva tu cabeza,
Y la mirada desdeñando el muudo.

—

Así te presentí... tus ojos bellos
De miradas serenas y tranquilas
Como el alma que Dios puso tras ellos...
La aurora con sus vívidos destellos
Envolviendo la noche en tus pupilas.

—

Al conocerte, trémulo y de hinojos,
Tus manos estrechaba entre mis manos,
Sin pesares, ni lágrimas, ni enojos...
Y sorprendí una lágrima en tus ojos,
Divinos, celestiales, soberanos...

—

¿Lloras?... y tu alma ruborosa dijo:
Lloro al sentir que quiero y soy querida...
Por eso nada más lloro y me aflijo...
El amor es de Dios, Dios lo bendijo,
Y él unirá tu vida con mi vida.

—

Y despertó tu celestial acento
Á mi alma que de pena se moría
Y me enseñó á vencer el sufrimiento;
Tú sabes ya que desde aquel momento
Mi vida es tuya, tu existencia es mía.

LVIII

¡Oh Sirio! fiel testigo
De mis horas de amor dulces y bellas,
Tú que la viste conversar conmigo
¿No me envidiaste, oh rey de las estrellas?

—

Si das ventura y calma
Da calma y has feliz á su hermosura,

Como á los goces del amor del alma,
Diste los rayos de tu lumbre pura.

—

Huye siempre al rüido
El casto amor sin mancha y sin reproche,
Y mientras más ardiente y más sentido,
Más vive en los misterios de la noche.

—

En las horas tranquilas
En que me habló feliz y enamorada,
Buscando tu fulgor en tus pupilas,
Te vi palidecer con su mirada

—

Ella es tan pudorosa
Que al decirme "te amo" se estremece,
Porque su voz dulcísima y hermosa,
De pasión en sus labios enmudece.

—

Ella es de gracia llena,
Caléndula de amor, que cuida el cielo;
Pura, como la bóveda serena,
Donde prosigues tu callado vuelo.

—

¡Oh Sirio! estrella santa,
Astro de nuestro amor dulce y bendito,
Cuánto en mis horas de pasión me encanta
Verte cruzar el piélago infinito.

—

¡Ay! si podemos verte,
Desde la tierra, juntos; ese día
Te llamaré la estrella de mi suerte,
La estrella de mi amor, la estrella mía.

LIX

¡Deidad del alma mía!
¿Adónde, adónde estás para que llenes
De luz y amor mi ardiente fantasía,
Tú, que en las horas de mis sueños vienes,
Y de la noche entre la augusta calma
Viertes en mí tus gratos embelesos,
Como una lluvia de amorosos besos
Sobre las flores del jardín del alma?
¿Adónde, adónde estás? Eres la estrella
Que en mi horizonte apareció encendida,
Para alumbrar tan pálida, tan bella
Las horas más amargas de mi vida.
Cuando en la infancia, trémulo y creyente
Bajo la augusta bóveda cristiana,
Llegué sumiso á doblegar la frente
Al armónico son de una campana;
¿Eras tú la que mágica y hermosa,

Del sacro altar bajo el dosel inmenso
Te alzabas como forma luminosa,
Arropándote leve y misteriosa
En las azules nubes del incienso?
Presentimiento que á mi pecho vino
Y despertó las gratas ilusiones
Que pueblan y embellecen mi destino;
¿Surgiste entre mis negras decepciones
Vencedora inmortal de mi destino?
Veniste á mi alma y te llamó su egida,
Llegaste al corazón y te ama ciego...
Y eres ya tan amada y tan querida,
Que olvidado de ti tendría en la vida
Mi alma sin fe, mi corazón sin fuego.
Deja que con tu amor pasen mis años,
Vuelen mis horas y húyanse mis días,
En pos de sacrosantas alegrías
Lejos de dolorosos desengaños.
Tú me has visto llorar, como se llora
De dicha y de pasión, lágrimas santas
Que redimen al pecho que te adora.
¡Mírame como tiemblo ante tus plantas!
Tú calmas mi pesar y mis ojos...
No te apartes de mí, que si te alejas

¿Á quién daré mis quejas?
¿Á quién ¡oh Dios! se volverán mis ojos?
¡Yo vivo de tu amor! Es mi existencia
Culto de un porvenir que nadie alcanza;
Has encendido el sol de mi creencia,
Dando vida á la flor de mi esperanza.
¡Amor! la ley suprema, la armonía,
Que llena el cosmos y engrandece al hombre,
Al mirarte lo siente el alma mía.
En mí palpita al escuchar tu nombre...
¡Eres mi prometida! la que tiene
Toda la luz del sol en la mirada.
La que en mis noches solitarias viene
Y está en mi ardiente corazón grabada.
Mi juventud, mis horas intranquilas
Las llena tu pasión, te adoro ciego,
La claridad que envuelve tus pupilas
Es un cielo de amor y un mar de fuego.
Al recordarte el corazón te admira,
Tu ser lo lleva el corazón impreso,
Y al cantarte, las cuerdas de mi lira
Saben vibrar como el rumor de un beso.
¡Te adoro, sí! bajo tu dulce encanto
Vive mi juventud, y ardiente y loco

Río con tu risa, lloro con tu llanto.
Y te amo tanto, tanto,
Que ante mi amor el universo es poco.
Nunca podrá terrible la amargura
Borrar del corazón joven y ardiente
Este fuego de amor y de ventura
Que siento arder en mi alma y en mi frente.

. . . .

Mas ¡ay! yo sé que todo lo querido,
Todo lo que ama el alma enamorada,
Se apaga entre las sombras del olvido;
Que todo es ilusión... es humo... ¡es nada!
Sé que van las doradas ilusiones
Á un abismo sin fin; que nada queda
De los goces que fueron sin mancilla,
Y que tampoco á recordarlos rueda
Una lágrima amarga en la mejilla
¡Triste destino del que llega al mundo!
¡Breves se van los venturosos días!
¡Ay! ¡si pudiera con mi amor profundo
Hiciera eternas las venturas mías!

. . . .

¡Mujer de bendición! tú la que llenas
De ensueños y de amor todas mis horas,

La que das á mis muertas azucenas
El rocío de las lágrimas que lloras,
¿Me podrás olvidar?... Te amo y te veo
Llenando con tu luz mi fantasía,
De fe llenando el corazón ateo,
De fuego á el alma pesarosa y fría.
Yo vivo de tu amor; mi afán profundo
Es encontrar en ti dicha y consuelo;
Lejos estás de la pasión del mundo,
Yo te consagro la pasión del cielo.
Te busco en mis ensueños y te sigo
Por doquiera que vas; pues que te amo,
Y en medio de mis penas te bendigo
Y con la voz del corazón te llamo.
Quiero ser todo tuyo y me embeleso
Con mis noches de amor ¿no habrá ninguna
En que miremos al rumor de un beso
Temblar de amor los rayos de la luna?

. . . .

¡Oh! mira cuán inmenso es el hastío
Que me consume el alma y la devora
Siempre que miro el porvenir sombrío,
Callando al corazón que amargo llora.
¡Alma del alma! ¡sol de mi camino!

Faro que al puerto venturoso guía,
Si llega á separarnos el destino
¿Qué será sin tu amor la vida mía?

LX

No sabes lo que siento, si fijas tu mirada,
En mí, con amorosa dulcísima expresión
Mi sangre como una ola de fuego arrebatada
Me llena, me sofoca, me abrasa el corazón.

—

¡Oh! ¡veme, veme siempre! Tus ojos son tan bellos
Que en vano envidia el cielo su dulce claridad,
Me miras con el alma; cuando me ves con ellos
Amor está en tus ojos como una eternidad.

—

Cuando me ves, mis horas deslízanse tranquilas
Y en vano á mi alma llegan las sombras del pesar;
Si un cielo está escondido detrás de tus pupilas,
Transpórtame á ese cielo con sólo tu mirar.

—

¡Encanto de mi vida! Mujer idolatrada,
La diosa y soberana que impera en mi existir,
Que no me falte nunca la luz de tu mirada
Para sentirme tuyo, para poder vivir.

—

Yo te amo con inmensa, con ciega idolatría,
Eres mi solo ensueño, mi encanto y mi pasión,
Si no quiere la suerte que te contemple mía,
¿Por qué no rompe y mata mi triste corazón?

—

Mírame, y que tus ojos divinos, seductores,
Se aduerman mientras busco en su mirar á Dios;

Tú eres sobre la tierra el dios de mis amores
Y tus miradas unen las almas de los dos.

—

Por tanto que te adoro, por tanto que te quiero,
Por este anhelo eterno de verte sin cesar,
Si sabes que estoy triste, si sabes que me muero,
Devuélveme á la vida con solo tu mirar.

LXI

Habla... no temas nada... mi corazón te adora,
El cielo de mis sueños encenderá su aurora,
Mis esperanzas todas se encenderán también.
Tus juramentos guardo dentro del alma impresos,
Sobre mis labios arde la fiebre de tus besos,
Acércate... no temas... estamos solos... ven.

—

Tu mano entre mis manos... tus ojos en mis ojos,
Sin duda ni pesares, sin lágrimas ni enojos,
Dime tus pensamientos, tus sueños, tu ambición.
Reclinaré en tu seno mi frente enamorada,
Quiere beber el alma la luz de tu mirada,
Quiero escuchar latiendo tu virgen corazón

—

Mírame... dime todo, ¡tiemblas! por qué, mi vida,
Estamos en el cielo, tu frente está encendida.
Respóndeme... es la dicha la que sintiendo estás.
Deja que yo me muera teniéndote á mi lado,
Incéndieme la frente tu aliento embalsamado,
Mátame con tus labios, besa, bésame más.

—

Nadie en esta hora dulce será nuestro testigo,
Estás dentro de mi alma para tener conmigo
La realidad del cielo, la ausencia del dolor.
Yo vivo para tu alma que apura las delicias
De todos sus sollozos, de todas tus caricias,

De todos esos miedos sin nombre, de tu amor.

—

Cuando me ves no siento desvanecerse el día,
Mis labios no hablan, cantan cuando te llaman mía
Me faltan corazones para adorarte más.
Tú eres el dios del alma á quien venera sola
Mírame... así me siento rodeado por la aureola
Que la ventura esparce por donde quier que vas.

—

No encuentro otra hermosura rival de tu hermosura
Creo sólo en la pureza que tu mirar fulgura,
La eternidad, la siento, viviendo para ti.
Tú eres... no sé... el lenguaje es árido y mezquino,
Eres luz, dicha, gloria, felicidad, destino,
Lo espléndido. lo grande, eso eres para mí...

—

Vivir siempre adorándote, besar todas tus huellas,
Oír tus dulces frases para soñar con ellas,

Morir entre tus brazos temblando de pasión;
Pensar lo que tu piensas, tener tu mismo acento,
Hallar vida en tus labios, y respirar tu aliento,
Teniendo nuestras vidas un solo corazón.

—

Seguirte como esclavo, cuidarte como dueño,
Velar cambiando en ángel las horas de tu sueño,
Seguir junto contigo del porvenir en pos.
Esa es mi vida, virgen, desde que yo te adoro,
Tú eres del alma el único, el sin rival tesoro,
Al verte me arrodillo... Mujer, sé tú mi dios.

LXII

Á tus plantas, mujer encantadora,
Vengo á poner mi corazón de fuego;

En la noche del alma eres la aurora,
Y ávido de tu luz, temblando llego.

—

Yo sé que puedes dar á mi existencia
Todo ese bien que le negó la suerte;
Por eso bajo el sol de tu presencia
Ámame, grita el corazón al verte.

—

El célico fulgor de tus miradas
Que irradia en el azul de mis amores
Dió brillo á mis estrellas apagadas
Y dió perfume á mis marchitas flores.

—

Vengo á pedirte con amante anhelo,
Para mi corazón delicia y calma,
Y á poner á tus pies, mujer del cielo,
Las puras flores del amor del alma.

—

Como al templo de Dios penetra el niño,
Y hasta el sagrado altar trémulo avanza;
Al santuario inmortal de tu cariño
Vengo, mujer, temblando de esperanza.

—

Ni tu piedad, ni compasión reclamo,
Una mirada el corazón invoca,
Siento en la inmensidad con que te amo
Tus besos palpitar sobre mi boca.

—

Siento en la soledad tus pasos breves,
Oigo tu voz en mi redor sombrío;
Y cada vez que pasas, que te mueves,
Llenas de luz el pensamiento mío.

—

Perdóname este amor, son mis dolores
Disfrazados de goces en mi pecho,

Es un perenne manantial de flores
En suspiros y lágrimas deshecho.

Perdóname este amor... busco tus ojos,
Sigo tu sombra y besaré tus huellas,
Para cambiar en rosas mis abrojos,
Para cambiar mis nubes en estrellas.

Rompe con tu cariño la cadena
Que me une con la sombra y el quebranto,
Una palabra calmará mi pena,
Una caricia enjugará mi llanto.

Tú eres mi redención... y antes que muera
Sobre la cruz de mi dolor impío,
Ven á esta soledad donde te espera
El alma que te adora, encanto mío.

LXIII

¡Oh noche la más hermosa
De todas las de mi vida!
En ti mi alma estremecida
Para amar resucitó...
Y tú envolviste á mi pecho,
De pasión viéndolo ciego,
En la atmósfera de fuego
Que necesitaba yo...
Contando sobre esta tierra
Apenas veintitrés años,
¡Qué huracán de desengaños
Soplaba en mi corazón!
Y tú noche, tú le has dado
Para calmar mis dolores,
Estrellas, aves y flores
Al mundo de mi ilusión.
Ayer... ¡qué solo y qué triste

Cruzaba yo mi camino!
El látigo del destino
Siempre me hirió sin piedad.
Llevando enferma y marchita
Sin porvenir y sin calma,
Por mis pesares el alma
Envuelta en la oscuridad.
  Ella, noche, tú le diste
Tu inspiración, tu grandeza,
Cuando al sol de su belleza
Me hiciste resucitar
Y la miré enternecida
Y ella me miró de hinojos,
Y al hallarse nuestros ojos
Dijimos « amar » « amar ».
  Y cubiertos con el manto
Que tú extendiste sombrío.
Su corazón junto al mío,
Nuestras almas junto á Dios...
Juramos ser uno de otro
Entre el placer y la calma,
Tener en el mundo una alma
Y morir juntos los dos.
  Danos tú noche bendita,

Tu sereno y dulce manto,
Has que sea eterno el encanto,
De esa hora de bendición...
Y en esta tierra mezquina
Sin llanto ya y sin dolores
Eterniza mis amores
Eterniza mi pasión.

LXIV

Dices que todas las flores
Te seducen y te encantan,
Pero que de todas ellas
Prefieres la rosa blanca.
Esos pétalos de nieve,
Esa corola sin mancha
Ese perfume divino
Que de su cáliz exhala,

Á tus sentidos fascinan
Y te enajenan el alma.

—

Es justo que tú tan pura,
Tú la reina de las gracias,
La joya de la modestia,
De las virtudes la gala,
Ames la rosa más linda
Que en el jardín te retrata.
Recuerdo que un día, muy triste,
Al nacer de la mañana,
Entregado á esos ensueños
Del amor y la esperanza...
Fuí á un jardín y entre sus flores
Busqué en el reposo calma,
Aún estaba húmedo el musgo
Por las lágrimas del alba,
Los pajarillos contentos
Saltando de rama en rama,
Daban sus trinos sintiendo
Luz y calor en sus alas...
Y allí bajo un bosquecillo

De yedras y pasionarias
Que entre los troncos añosos
Se suspenden y se enlazan,
Vi sobre el húmedo musgo
Abrirse una rosa blanca:
Era la luz, la diadema
De su frente inmaculada
Y eran sus más lindas joyas
Las perlas de la mañana...
Pero esa luz, esas perlas
Eran en su frente pálidas...
Aquella rosa quería
El calor de tus miradas,
La gracia de tus sonrisas
Y el amor de tus palabras...
Se abrió para hallar la vida
Y no te llevaste el alma.
Y cuando el sol iba á hundirse
En un lecho de escarlata,
Y cada ave volvía al nido,
Y cada flor se plegaba...
Murió la rosa que apenas
¡Vivir pudo una mañana!

Blanca rosa de mis sueños,
Pura redención del alma,
Si mañana por la ausencia,
Ó la muerte ó las desgracias,
Estoy muy lejos, muy lejos
Del calor de tus miradas,
Será recuerdo y emblema
Del amor que hoy nos embriaga
La flor que más te cautiva,
Tu imagen, la rosa blanca.

LXV

Qué ser invisible
Bajando del ámbito inmenso y azul
Envuelve mi frente
En ondas gigantes de aromas y luz...
Qué voz misteriosa
Murmura en mi oído su extraño rumor

¿Por qué se suspende
El alma en un sueño de gloria y de amor?

—

Sonó media noche,
Y velo y no tengo reposo ni paz,
¿Qué aliento de fuego
Llegando á mi frente me quema la faz?

—

Fantasma ¿qué quieres?
Llegaste y contigo mi ser despertó...
¿Qué buscas? ¿Quién eres?
El alma que tu alma soñando evocó...

—

¿Tu nombre? — No alcanza
Á nadie en el mundo mi nombre entender.
Serás la esperanza,
La dicha, la gloria, la fama el placer...

—

Feliz compañera
De tu alma do enciendo la fe y la pasión;
Soy ave viajera;
Yo vivo en el cielo, me llamo ilusión...

—

Detente, detente,
No vueles al seno del ámbito azul,
Envuelve mi frente
En ondas gigantes de aromas y luz.

—

Te guarda mi alma,
¡Oh! deja que siempre guardándote esté...
Que goce la calma
Del hombre que aun tiene la dicha y la fe...

—

Mis duelos, mis penas
Contigo hallan siempre delicias y amor...

Mi mente enajenas,
Contigo se goza de un mundo mejor.

—

Si mientes ventura,
¡Qué sueños tan dulces á mi alma le das!...
¡¡Si mientes ternura...
Tan dulces engaños no cesen jamás!

LXVI

Hay penas tan ocultas, tan calladas,
Que lentamente roen el corazón...
Áspides de las rosas nacaradas
Que adornan el verjel de la ilusión...
Yo conozco esas penas y las siento,
Ellas me hacen á solas padecer...
Y no puede mi voz dar un lamento

Ni alma ninguna las podrá saber.
Busco en tu amor consuelos y delicias;
Tú podrás esas penas mitigar...
Tu ternura, tu encanto, tus caricias
Pueden mi eterna agitación calmar.
¿Me miras siempre triste? es un hastío
Que hace del corazón un ataúd...
En cuyo seno cóncavo y sombrío
Duerme sin porvenir mi juventud...
¡El porvenir! fantasma caprichoso...
Contigo vuelo de su dicha en pos...
Y no sé si su brillo mentiroso
Al apagarse matará á los dos...
Tú llevas la hermosura y la pureza,
Un sol de fuego en tu mirada está,
Yo que llevo la noche en mi tristeza
Voy delirante á donde tu alma va...
¿No llegaremos al confín risueño,
Que guarda á nuestro amor templo y hogar?
Si esto es sólo ilusión, si es sólo sueño...
Nadie nos venga nunca á despertar...
Esta fiebre del alma, esta creencia,
Es de mi vida la esperanza en flor...
Puede hallar una tumba mi existencia

Mas ¿dónde está la tumba de mi amor?
Es mi pasión eterna, nadie puede
Matar su fuego sin matarme á mí,
Y aunque cadáver sobre el mundo quede
Mirad al cielo y la hallaréis allí.
Victoriosa estará sobre la suerte...
Nadie podrá medir su inmensidad,
¿Qué me importan el tiempo ni la muerte?
¡Amor es Dios... Dios es la eternidad!

LXVII

Cuánta tristeza al corazón doblega,
Cuánto pesar el alma me devora...
Herido el pecho á suspirar se entrega
Viendo lentas pasar hora tras hora.

—

¿Por qué tiemblo y sollozo y desvarío?
¿Por qué nada me da placer ni calma?
Mi eterna enfermedad es el hastío
Que me consume y oscurece el alma.

—

Feliz tú que no sabes de dolores,
Ni conoces tan hórrido tormento,
Ni has visto como mueren esas flores
Que ornaron el jardín del pensamiento.

—

Te amo con tanto amor, que es imposible
Que se pueda amar más en este suelo;
Pero es mi pena y mi dolor horrible
No poder darte con mi amor el cielo.

—

Aquí, sobre la tierra en que han nacido
Nuestras almas que se aman con locura,

El santo amor se paga con olvido
Y se paga el placer con amargura...

—

¡Ay! yo no quiero que jamás tu mente
Llegue á olvidar de nuestro amor la historia...
Mañana cuando esté muerto ó ausente
¿No guardarás mi nombre en tu memoria?

—

¿Te olvidarás acaso de que un día
Cambiaste en azucenas mis abrojos?...
¿Podrás apartar tu alma de la mía
Sin que me vuelvan á mirar tus ojos?

—

¿Tú que eres como el Dios de mi creencia,
Me olvidarás al fin?... Si esa es mi suerte,
¡Ay! antes que tu olvido y que tu ausencia
Mándame Dios la dicha de la muerte.

LXVIII

Hay horas de tanta pena,
De tanta y tanta aflicción,
Que si una tras otra suena
Forman ¡ay! una cadena
Que pesa en el corazón.
Hay mañanas en que el cielo
No tiene ni un arrebol
Prendido en su claro velo,
Y el alma está sin consuelo
Como está el cielo sin sol.
Días que van lentamente
Matándonos de pesar,
Que pasan por nuestra frente
Como pasa indiferente
La gaviota sobre el mar.
Que causa este tedio horrible
Que tanto me hace sufrir,

Con su martirio terrible;
¿Ella me olvida? ¡imposible!
Puesto que puedo vivir.
  Pájaro que deja el nido
Cuando aun no puede volar,
Pronto se siente rendido,
Vacila, lanza un gemido
Y cae al suelo á expirar.
  Corazón que humano crece
Y que olvida la virtud,
Y sólo al placer se ofrece,
Se marchita y se envejece
En su plena juventud.
  ¡Oh tiempo! si me despojas
De mis sueños y mi afán,
¿Quién calmará mis congojas?
Del árbol que está sin hojas
Todas las aves se van.
  Mientras descarga la suerte
Esta horrible tempestad,
Que sólo acaba en la muerte,
Mientras... sobre el pecho fuerte
Horas de angustia pasad.

LXIX

Si el alma te ama más en cada día
Y el corazón para tu amor palpita,
Por qué no he de dejarte amada mía
La historia, aquí, de nuestro amor, escrita.

—

Guárdala, y si la ausencia ó el destino
Me quieren apartar de tu memoria
Sin llegarme á apartar de tu camino,
Yo quedo aquí con nuestra breve historia.

—

Si el porvenir nos da todas sus flores,
Y vivo junto á ti cual lo he soñado,
Al levantar un templo á mis amores
Éste será el altar de su pasado.

—

Mas si al abrir mi libro ya estoy muerto
Y de mi amor te acuerdas todavía,
Sobre las dichas que soñé despierto
Deja caer una lágrima, alma mía.

—

Son estas hojas los testigos santos
De mis horas de amor, no las destruyas;
Eres la musa que inspiró estos cantos,
Mis horas de pasión son sólo tuyas...

—

¡Guarda este libro! todas mis congojas
Y mis dichas de amor, las lleva impresas.
Te dejo el corazón en estas hojas,
Tú sabes si las rompes ó las besas.

EL ARPA DEL AMOR

AMOR ETERNO

I

Moría el sol como un rey poderoso,
Sobre un lecho de armiño y de grana
Y sus últimos cárdenos rayos
De los fresnos las copas doraban.

En los senos oscuros del bosque
Donde lame las rocas el agua,
Era el aire un concierto sagrado
De pájaros y hojas, de nidos y ramas.

Por las puertas azules de oriente
La noche en su nave de sombras entraba,

En el mástil trayendo prendida
La luna de enero cual faro de plata.

¡Cuán altivo esperaba la muerte
En la púrpura envuelto el monarca
Y su cetro de luz cuán hermosa
En el trono la reina empuñaba!

En el borde cubierto de musgo
Del lago poblado de cisnes y garzas,
Viendo el cielo pintarse en el fondo
Y surgir las estrellas calladas.

Ella y yo, con los ojos radiantes
De amor y ternura, de fe y esperanza,
Meditábamos juntos y tristes
En las luchas que ofrece el mañana.

II

Nuestro amor era puro. En la tierra,
La pureza es la luz de las almas

Y esa luz el rubor la embellece
Con sus vivos reflejos de grana.

Estrechó con su mano mi mano
Y bajando la dulce mirada :
« ¡ Yo te adoro — me dijo — no temas
Olvido ni engaño, desdén ni distancia ! »

Me miró con sus ojos oscuros,
Sus ojos velados por negras pestañas
Y después por sus blancas mejillas
Cual perlas divinas rodaron dos lágrimas.

« ¿ Que te olvide, mi bien? ¡ Imposible !
¡ Mi pecho es tu templo, con fe te idolatra
Y á tus pies, de rodillas te juro
Adorarte lo mismo mañana ! »

¡ Me miró, la miré; nuestros pechos
Suspiraron á un tiempo con ansia,
Y en un beso de luz nuestros ojos
Confundieron las vidas, las almas !

III

La vi luego inclinar la cabeza,
Murmurar algún rezo en voz baja
Y llorar y decir : nunca olvides
Que soy tuya y la Virgen nos guarda.

Se hundió el sol y bañó nuestras frentes
De la luna la luz tibia y blanca,
En sus nidos callaron las aves
Y durmióse la brisa en las ramas.

Silenciosos del bosque salimos
Con los ojos nublados de lágrimas
Y al decirnos adiós, nos lanzamos
Á las luchas que ofrece el mañana.

IV

Correr pueden los años veloces
Y al dejar en mi frente su escarcha
Coronarme con hebras de nieve
Que todo lo enfrían y á todos espantan.

Venir pueden rugiendo en mi vida
Los duelos profundos, las penas amargas
Y turbar en la noche mis sueños
Con tristes visiones y extraños fantasmas

Ella sola, se hospeda tranquila
En el fondo callado del alma;
Ella sola preside mis horas
De angustias y penas, de amor y esperanza.

Una noche muy negra es mi vida
Y ella espera llorando callada

Algún astro que rompa las sombras,
¡Ella espera cual yo la mañana!

V

Al mirar este bosque sagrado
Donde lame las rocas el agua
Y en las tardes el aire es concierto
De pájaros y hojas, de nidos y ramas;

Con el goce más casto y más puro
Recuerdo á mi virgen tan pura y tan blanca,
Su apacible mirar, sus sonrisas,
Sus ojos oscuros, veneros de lágrimas.

Y recuerdo también con las flores
Que secas y mustias mi pecho las guarda,
Sus promesas, «¡Te adoro, no temas,
Olvido ni engaño, desdén ni distancia!»

VI

¿Es verdad? ¿Las mujeres olvidan?
¿Es verdad? ¿Las mujeres engañan?
¿En las luchas sin tregua del mundo
Con la ausencia se alejan las almas?

Ella sola preside mis horas,
Ella viene en mis noches calladas
Y á doquier que me lleven mis pasos,
Ella sola mi vida acompaña.

¿Este amor tendrá fin, como todo
En la mísera vida se acaba?
¿Pasará la ilusión como siempre
En la tierra fugaz, todo pasa?

¿Nuestra fe morirá como mueren
Al soplo del tiempo las flores del alma?

Ella puede olvidarme; yo, nunca;
La llevo en mi pecho, no puedo arrancarla.

Si ella es sólo un ensueño, me llena;
Si ella es sólo una sombra, me basta;
¡Yo sé bien que mi vida es la noche
Y ella un sol en el cielo del alma!

VII

Si ese sol como el astro del día
Se hundiere en un lecho de armiño y de grana
Aun veré que su cetro lo empuña
Una reina inmortal: ¡la esperanza!

Si es la luna que alumbra á los muertos,
Que se torne en la vívida lámpara
Que con pálidos rayos me alumbre
En las luchas que ofrece el mañana.

ACUARELA

Fué sólo un sueño y lo veo
Como realidad hermosa;
Fué un cuadro color de rosa
Que dibujó mi deseo.
Entre el resplandor febeo,
Sobre campiñas amenas,
Con brisas de aroma llenas,
Cielo azul y paz bendita,
Alzábase una casita
Entre mirtos y azucenas.

¿ Qué emblema más seductor
Hay en la naturaleza
Que el que pone á la pureza
Descollando entre el amor ?

Pasaba murmurador,
De la niebla bajo el velo,
Un manso y claro arroyuelo
Y entre doradas cabañas
Custodiaban las montañas
Verde campo y azul cielo.

Pequeña, esbelta, galana
Y de ojival gallardía,
Junto á la puerta tenía
La casita una ventana.
Cortina de armiño y grana
De su puerta sin cerrojos,
Dando placer á los ojos
Formábanle en tales horas
De las rosas trepadoras
Capullos blancos y rojos.

¡Qué gallardos y hechiceros
Junto á la puerta crecían
Dos naranjos que servían
De guardias y pebeteros!
Y como entre los aleros
De pardas y curvas tejas,

Buscando el muro y las rejas
Como amigables vecinas,
Volaban las golondrinas
Y zumbaban las abejas.

Expiraba soberana
La tarde en rojos matices,
Y tú y yo, los dos felices,
Salimos á la ventana;
Era grana el sol, y grana
Tu faz candorosa y bella,
Huyó el sol sin dejar huella,
Nos vimos con dulce anhelo,
Lloraste y allá en el cielo
Surgió la primera estrella.

LLUVIA Y LLANTO

Á MI QUERIDO AMIGO LUIS PLIEGO Y PÉREZ

¡Una alcoba muy triste
La luz muy débil;
Por dentro están llorando,
Por fuera llueve!
Un diálogo se escucha
Triste y solemne;
¡Palabras de dos almas
Que allí padecen!
— Ya el niño está callado.
— ¿Si á llorar vuelve?
— Ve á dormir...
— ¿Y me pides
Que yo le deje?
— Seis noches has velado

Y hoy ya no puedes...
— Dios me dará más fuerzas
Para que vele.
— Esperabas su sueño
Y aquí lo tienes...
— Es un sueño tan hondo.
— ¡ Si está tan débil !
— Parece que se ha muerto.
— ¡ Si sólo duerme !
— Tiene color de cera
Su hermosa frente.
— Ve á dormir...
— Cuando el niño
De llorar deje
— Aun ha de llorar mucho.
— Pues quedaréme.
— Mira, sigue allado,
Me vida, vete .

. . . . .

. . . . .

Y las horas corrieron
Muy lentamente,
¡ Horas que son los siglos
Del que padece !

. . . . . .

— ¿Calló? preguntó el padre
Con voz muy tenue;
Y la madre repuso
— ¡Sí: para siempre!

. . . .

La alcoba está muy triste;
La luz muy débil;
¡Por dentro están llorando,
Por fuera llueve!...

CAMINO DE LA VILLA...

Camino de la Villa
Mi niña va
Y por ese camino
No volverá.

I

Desde su más risueña
dichosa edad
Amó mucho á la virgen

Del Tepeyac.
Siempre tuvo su imagen
Por talismán,
Siempre le puso cirios
Sobre el altar.
Le rezaba en las noches
Con tal piedad
Que con sus oraciones
Me hizo llorar.
Para el mes de diciembre
¡Con cuánto afán
Cultivaba las rosas
De su rosal!
Se las llevaba al templo
Llena de paz,
Ungidas con la esencia
De la bondad,
Y allí exclamaba: ¡Oh virgen!
Poco te da
La que contigo llena
Su soledad.
Este año pocas rosas
Dió mi rosal,
Pero el año que viene

Te traeré más.
Y alegre y satisfecha,
Libre del mal
¡Qué feliz regresaba
Para el hogar!

II

¡Qué quieta va la niña!
¡Dormida está!
Y los que la acompañan
De negro van.
Tristes y oscuros paños
Velan su faz
Y la suben en hombros
Al Tepeyac.

. . . .

. . . .

¿Por qué no busca al templo,

Ni en el altar,
Deja las frescas rosas
De su rosal?
Blanca como la cera
Tiene la faz;
Sus manos como lirios
Cruzadas van;
Sus ojos, antes llenos
De claridad,
Cerrados para siempre
No miran más.
Lleva colgado al cuello
Su talismán;
¡La imagen de la Virgen
Del Tepeyac!
¡Ay! ¡pobre de mi niña!
Durmiendo está
Ese sueño que arrulla
La eternidad!

III

¡Oh niña de mi vida!
¿Por qué te vas?
¡Sin ti, queda más sola
Mi soledad!
¡Eras como la blanca
Flor de azahar,
Símbolo de pureza,
De castidad!
Eras para mis horas
Que azota el mal,
Tierno ramo de oliva,
Nuncio de paz.
Mis culpas, tu pureza
Logró lavar,
Que tú, para mis culpas
Fuiste el Jordán,

Mira que triste dejas
El dulce hogar;
Las aves que cuidaste
No cantan más
Y el rosal de la Virgen
Marchito está;

. . . .

. . . .

¿Durmiendo eres dichosa?
Duérmete en paz...
¿Quién besará tus ojos
Al despertar?...
¡Oh niña de mis sueños!
¡Mi solo afán!
¡Es muy honda y muy negra
La eternidad!

. . . .

. . . .

Camino de la Villa
Mi niña va
Y por ese camino
No volverá.

MIS LLAVES

I

Esta llave dorada es la alegría,
La esperanza, el candor...
Es de la caja en que guardó María,
Cartas y versos de mi ardiente amor.

II

Esta gótica llave es el testigo
De una dicha sin par;
Es del armario en que guardó conmigo
Prendas y joyas del deshecho hogar.

III

Esta llave de hierro es la que encierra
Mi fe, mi juventud;
Guarda el tesoro que adoré en la tierra,
Es de una caja negra... ¡ Su ataúd !

. . . .

Cada llave es de suyo misteriosa;
¡Ella me las dejó
Para que alguna mano cariñosa
Las arroje á la fosa
Donde el último sueño duerma yo!

EN MI BARRIO

Sobre la rota ventana antigua
Con tosco alféizar, con puerta exigua,
Que hacia la oscura calleja da,
Pasmando al vulgo como estantigua
Tallada en piedra, la santa está.
Borró la lluvia los mil colores
Que hubo en su manto y en su dosel;
Y recordando tiempos mejores,
Guarda amarillas y secas flores
De las verbenas del tiempo aquel.
El polvo cubre sus aureolas,
Las telarañas visten su faz,
Nadie á sus plantas riega amapolas,
Y ve la santa las calles solas,
La casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
Único adorno del tosco altar,
Flota un guiñapo descolorido,
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.
Á arrebatarlo nadie se atreve,
Símbolo antiguo de gran piedad,
Mira del tiempo la marcha breve;
Y cuando el aire lo empuja y mueve
Dice á los años : *pasad, pasad.*
¡Pobre guiñapo que el aire enreda!
¡Qué amarga y muda lección me da!
La vida pasa, y el mundo rueda,
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va.
Tras esa virgen de oscura piedra
Que á nadie inspira santo fervor,
Todo el pasado surge y me arredra;
Escombros míos, yo soy la yedra;
¡Nidos desiertos, yo fuí el amor!
Altas paredes desportilladas
Cuyos sillares sin musgo vi,
¡Cuántas memorias tenéis guardadas!
Níveas cortinas, jaulas doradas,

Tiestos azules... ¡no estáis aquí!
En mi azarosa vida revuelta
Fuí de esta casa dueño y señor,
¿Do está la ninfa, de crencha suelta,
De grandes ojos, blanca y esbelta,
Que fué mi encanto, mi fe, mi amor?
¡Oh mundo ingrato, cuántos reveses
En ti he sufrido! la tempestad
Todos mis campos dejó sin mieses...
La niña duerme bajo cipreses,
Su sueño arrulla la eternidad.
¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído
Sólo en mi pecho queda la fe,
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido...
¡Todo se ha muerto! ¡todo se fué!
Pero ¡qué amarga, profunda huella
Llevo en mi pecho!... ¡Cuán triste estoy!..
La fe radiante como una estrella,
La casa alegre, la niña bella,
El perro amigo... ¿Dónde están hoy?
¡Oh calle sola, vetusta casa!
¡Angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa

¿Por qué esta fiebre que el pecho abrasa
No ha consumido mi corazón?
Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores,
Ni hay golondrinas del mes de abril.
Frente á la casa la cruz cristiana
Del mismo templo donde rezó,
Las mismas misas de la mañana,
La misma torre con la campana
Que entre mis brazos la despertó.
Vetusta casa, mansión desierta,
Mírame solo volviendo á ti...
Arrodillado beso tu puerta
Creyendo loco que aquella muerta
Adentro espera pensando en mí.

DESDE EL BALCÓN

Con su veintena de primaveras,
Vistiendo leve, blanco linón,
¡Qué cosas dice tan hechiceras
Tras la cortina de enredaderas,
Dosel eterno de su balcón!
¡Cómo sin miedo de la fortuna
Vemos, al fondo del porvenir,
Hogar, alcoba, regazo y cuna,
Y hablamos bajo porque la luna
No nos escuche desde el zafir.
Cimbra su talle como un palma
Cuando sus plantas osa mover;
Tiene el semblante lleno de calma
Y por sus ojos se asoma el alma
Pues se ve en ellos amanecer.

Formas de Venus, alma de santa,
Seno de virgen, rostro de huír,
Ninguna canta cual ella canta,
¡Las arpas de oro de su garganta
Vibran de amores junto de mí!
¿Cuál es mi eterno dulce alborozo?
¿Cuál es mi sola, dulce ilusión?
Ver que me busca llena de gozo
Mal dizfrazada con el rebozo
Entre el follaje de su balcón!
Ver que por nada deja la cita
Que en altas horas siempre le doy
Y á tu reflejo, luna bendita,
Ver con qué gracia su manecita
Me manda un beso cuando me voy.

EN VELA

Á mi generoso amigo Manuel A. Mercado

Yo tuve en mi abril mañanas
Serenas, tibias, hermosas,
Todas tan llenas de rosas
Cual estoy lleno de canas.
Hebras de nieve tempranas,
¿Venís cuando ya se van
La fe, la dicha, el afán
Que la juventud atiza?...
Decidme, ¿sois la ceniza
¿Ó la nieve de un volcán?

Si temprano habéis venido
Y sois falsos galardones,

Al veros mis ilusiones
Espantadas han huído.
Aun siento caliente el nido
Que una alondra acaloró...
¿Dónde está? la busco yo
Y el fiero destino aleve
Me muestra lleno de nieve
El nido donde nació.

Esa alondra, ¿fué la idea,
La ilusión, el sueño vano,
Que cual nube de verano
Huyendo relampaguea?...
¿Era Venus Citerea?
¿Era Minerva? ¿era Anfión?
¡No! ni sueño, ni ilusión,
Ni diosa alguna escogida,
La alondra es la fe perdida
Y el nido mi corazón.

Y aun hay llamas del deseo
Que incendian mi mente loca
Y aun sufro como en la roca
Con el buitre, Prometeo.

¿Amo? ¿Sueño? ¿Dudo? ¿Creo?
¿Qué tempestad ruge así
Que produce el frenesí
Por el cual vivo muriendo?
Estoy dudando y creyendo
Á un tiempo mismo ¡ay de mí!

¿Quién, si llegó á navegar
No vió de noche á lo lejos
Surgir radiantes reflejos
Entre los cielos y el mar?
¿Era una estrella sin par?
¿Era un faro en un peñón?
En el mar de la ilusión
Náufrago vi una luz bella,
Fuego fatuo, faro, estrella
Que atrajo mi corazón.

Luz que entre las sombras vaga
Y que fulgente cautiva,
De lejos luce más viva,
Y al acercarnos se apaga.
Astro de mi suerte aciaga
Perdido en la inmensidad,

Si busco tu claridad
Miro que el espacio pueblas
Donde reinan las tinieblas
De una eterna soledad.

¡Cómo lucha la conciencia
Con la virtud que se abate!
¡Qué gran campo de combate
El campo de la existencia!
¿Es la fiebre? ¿Es la demencia
Esta secreta y terrible
Ansiedad indefinible
Que impulsa constante y ciega
Á esperar lo que no llega
Y á acariciar lo imposible?

¡Oh canas! No sois tempranas;
Con dudas y desengaños
Son como siglos los años
En las contiendas humanas.
Yo en mi abril tuve mañanas
Claras, radiantes y hermosas,
Hoy son noches pesarosas,
Horas negras, penas graves,

Hoy mochuelos, ayer aves,
Hoy espinas, ayer rosas.

Vuela fugaz cada día;
El tiempo todo renueva,
Pero ingrato no se lleva
Las penas del alma mía.
¿Existe en la tumba fría
La eterna paz? ¿ella encierra
La tregua de aquesta guerra?
¿Allí está la mejor calma?
¡Oh cuerpo! prisión del alma,
¡Cuánto has sufrido en la tierra!

¡Eternidad! en tu puerta
Concluye el mundano empeño;
Eres el único sueño
Del que jamás se despierta.
El que tenga el alma muerta
Después de tanto sufrir
¿Tendrá derecho á pedir
Tu abrigo en acento tierno?
¿Si la vida es un infierno
Es paraíso morir?

¡Quién descubre los arcanos
Terribles de lo infinito
Si la muerte los ha escrito
Entre huesos y gusanos!...
Soñad como siempre humanos,
Soñad como sueño yo...
¿Amáis el descanso? ¡No!
Sólo la lucha os afana
Soñad... ¡qué hermosa mañana!
¡Mi lámpara se apagó!

CONTEMPLACIÓN

En plena noche, cuando yo levanto
Mi vista á la estrellada inmensidad,
Siempre me digo á solas: ¡esos astros
En qué silencio caminando van!
Cuando en la cima de áspera montaña
Fatigado me llego á descansar,
Siempre me digo á solas: ¡qué silencio
Acompaña esta muda soledad!
Sobre la blanca arena que las olas
Mueven y bañan en constante afán,
Siempre me digo á solas: ¡qué silencio
Tan grande habrá en el fondo de la mar.
¿Hay algo más callado que el espacio?
¿Algo más mudo que las cimas hay?

¿Hay silencio que iguale al que en el fondo
El oceano esconde en su cristal?...
Todo el que ponga lágrimas y flores
Sobre unas mismas piedras, lo sabrá;
¡No hay silencio que iguale al del sepulcro!
Bien hacen en llamarle: ¡eternidad!

ÚLTIMOS AMIGOS

Llevan á un pobre al entierro,
Á un pobre, todo virtud,
Y su solo amigo, un perro,
Acompaña el ataúd.
Marcha á la postrer mansión
Un rico avaro y crüel,
Y de frac, guante y bastón
Van mil amigos tras él.
Ni una cruz queda al primero
Y al otro pónenle allí:
Flores, palmas y un letrero
Que dice: « Rogad por mí ».
Á vuelta del tiempo veo
Las dos tumbas... ¿Cómo están?
No hay nadie en el mausoleo

Y en la fosa sólo el can.
¡Oh humanidad! ¡Oh verdugo
De ti misma! ¡Qué irrisión!
¡Lloran al que dió un mendrugo
Y olvidan al de un millón!
Con justicia y no te asombres
Dijó el filósofo Alfás :
« Desde que trato á los hombres
Estimo á los perros más ».
Á los hombres nunca extrañan
La muerte ni su segur :
Al que tiene, lo acompañan,
Al que nada tiene... ¡abur!
Pero pasado el entierro
Mucho más vale en verdad
La fosa en que gime un perro
Que la cripta en soledad.

A VALENTIN ROJAS VÉRTIZ

Con las notas vibrantes, dolientes,
Que cruzan del éter las ondas inmensas
Tú nos saber decir lo que sientes
Tú nos sabes decir lo que piensas.
Cuántas veces, sin fuerza la mano,
Temblorosa, sin armas ni escudo,
He pedido sus ecos al piano
Que ve mis dolores estático y mudo.
Si supiera tocar como tocas,
En medio del mundo do nunca te arredras,
Yo enseñara á sentir á las rocas,
Yo enseñara á cantar á las piedras.

Prosigamos los dos... nunca es vano
Este esfuerzo que igual nos inspira;
Diles tú la ventura en el piano,
Yo hablaré de dolor en mi lira.

Guadalajara, febrero 24 de 1888.

PRIMEROS AMORES

(DEL LIBRO DE CELIA)

En el arco muzárabe prendido
Está un ancho festón de verde yedra
Y detrás del festón asoma el nido
Que una parlera alondra ha suspendido
Del rudo y tosco mascarón de piedra.

—

Sobre el arco la gótica ventana
Cerrada por cristales de colores:
Parece un minarete de sultana

Donde al rayar la luz de la mañana
Hablan de amor las aves y las flores.

—

Allí vivió la que en dichoso día
Fué de mi corazón culto ferviente;
La primera mujer del primer día
En que el espacio azul del alma mía
Vió un sol de amor brillando en el oriente.

—

En esas rudas piedras que el galano
Verdinegro follaje cubre ahora,
Dejé mil veces alelado, ufano,
Entre las suyas mi convulsa mano
Con fiebre de pasión abrasadora.

—

La dicha engaña, el desengaño arredra,
¿Quién da matiz á la ilusión perdida?
Detrás de este festón de verde yedra

Yo dejé sepultado en cada piedra
El pensamiento... el corazón... la vida.

—

Tiene la casa nuevos moradores,
El mismo sol de ayer, hoy ha venido
Á matizar los vidrios de colores...
Y sólo habla de amor entre las flores
El ave errante acalorando el nido.

—

¿Qué dice el ave al pie de la ventana
Si con postrer fulgor el sol lo hiere
Ó con su albor la envuelve la mañana?
Que toda dicha en la existencia humana
Nos deslumbra y después... se va, se muere.

—

¡Sol del primer amor! entre congojas
Te guarda aún el pensamiento mío...
Á ti que al mar del porvenir te arrojas...

¡Cubra el ancho festón de verdes hojas
El nido lleno... el corazón vacío!

—

Hoy... ni una sola queja ni un reproche
De nuestra triste y dolorosa suerte...
Aquí cuando la yedra plegue el broche
Surgen nuestras dos sombras en la noche
Y dialoga el olvido con la muerte.

MUSA DE VIAJE

Á JALAPA

¡Jalapa! nido de amores,
Fué mi más dulce ilusión
Curar, mirando tus flores
Los más secretos dolores
Que llenan mi corazón.

Entre pintorescas lomas
Surges gallarda y gentil,
Como un nido de palomas
Que incensan con sus aromas
Las tuberosas de abril.

La azucena te perfuma,
Te matiza el arrebol;
Venus nació de la espuma,

Y tú de la tenue bruma
Que celoso ahuyenta el sol.

Te colma el cielo de bienes
Y tu esclavo ei amor es;
¿Quién no ha de amarte si tienes
Rojos mirtos en tus sienes,
Blancos lirios á tus pies?

Dejas en el alma huellas
Que nada logra borrar,
Y tienes mujeres bellas
Como el cielo tiene estrellas
Y tiene arenas el mar.

Si bardos de alto destino
Tu belleza singular
Cantan con plectro divino,
¿Qué dirá quien sólo vino
Á tu recinto á soñar?

¿Qué hará al mirar tus jardines
Quien de tanta dicha en pos
Admira ya en tus confines

Los alados serafines
Que en tu seno puso Dios?

Sentir y aspirar la brisa
Que refresca tus cabañas;
Ser feliz cuando divisa
Tu ciudad, que es la sonrisa
Del ángel de las montañas.

Olvidar su duelo impío
En tu seno encantador,
Donde el monte, el llano, el río,
El bosque y el caserío
Brindan paz dicha y amor.

Son como encajes sutiles
Tus nieblas de blanco tul,
Todas tus huertas pensiles,
Todos tus meses abriles
Todo tu horizonte azul.

Hasta esa niebla ligera
Encanta mi corazón,
Pues pareces la hechicera

Novia de la primavera
Envuelta en albo crespón.

Tus blancos muros, tus rejas
Reflejando vida y luz,
Tus techos de pardas tejas
Y tus quebradas callejas
Cual las del suelo andaluz.

Forman las gracias más bellas
Con que al que te mira engríes,
Y entre las flores descuellas
No sé si escondiendo en ellas
Mujeres ó colibríes.

Deja, ciudad encantada,
Que de ti me acerque en pos
De una esperanza soñada;
Quiero darte una mirada,
Soñar y decirte adiós.

No será el adiós postrero
Del que nunca ha de volver
A tu jardín hechicero,

Aun no te dejo y ya quiero
Soñar en volverte á ver.

No soy bardo, si lo fuera
Dulces cantos te daría,
Mas te dejo el alma entera,
¡Jalapa! tierra hechicera,
¡Jardín de la patria mía!

Jalapa, enero 19 de 1889.

EN JALAPA

Á MI INTELIGENTE AMIGA ISABEL RIVADENEIRA

En este verjel risueño,
Donde es tan pródiga en dones
Naturaleza, que viste
Todos sus campos de flores;
En este edén encantado
Donde son las ilusiones
Hermanas de las gardenias
Que dan al céfiro amores;
¡Cómo transcurre la vida
Y van las horas veloces
Curando las hondas penas
De los tristes corazones;

¡Cómo se olvidan los duelos
Y surgen encantadores
Ensueños de nácar y oro
Que al viejo tornan en joven!
¡Quién pudiera con la lira
Que á Apolo presta sus sones
Cantar en dulces endechas
Á este emporio de las flores!
Cantar de sus lindas hijas
Las pupilas como soles,
Las mejillas como rosas,
Sus cantos de ruiseñores
Y sus talles de palmeras
Y sus sentimientos nobles.
Jalapa, girón de cielo
Que entre pintorescos montes
Te recatas hechicero
De las miradas del hombre;
Deja que en humildes notas
Que han de apagarse veloces,
Te diga en toscos acentos
Cuanto de mi pecho brote.
Deja que te dé en mis versos,
Desaliñados y pobres,

Lo que el corazón me dicta
Olvidando sus dolores.
Deja que aspire las auras
De tus aromados bosques
Y que pida en tus hogares
Consuelo á mis aflicciones:
Deja que te diga todo
Lo que en mi pecho se esconde
Y resuciten tus brisas
La flor de mis ilusiones.
Soy el viajero cansado
Que los desiertos recorre
Y que no encuentra una tienda
En los negros horizontes;
Pero tú que me la ofreces
Revestida por tus flores,
Y velada en todo tiempo
Por el manto de tus noches
Que están cuajadas de estrellas
Que deslumbran como soles,
Y por tus limpias auroras
Que rompen el áureo broche
Al ver como las saludan
Los mirlos y los zenzontles;

Doblo en tierra la rodilla
Y así como el sacerdote
Se inclina cuando levanta
El místico pan de amores,
Inclino la frente mustia
Que no hay quien doblarla logre
Y así mi pasión te expreso
En estos tristes acordes :

Tierra de amor y de fe,
De ternura y de cariño;
Que allá en mis horas de niño
Como ilusión te soñé,

Deja que te diga aquí
Al son de mi humilde lira
Cuanto tu afecto me inspira
Y cuanto siento por ti.

Eres un nido de amores
Do se querellan sin penas
La brisa y las azucenas,
El lirio y los ruiseñores.

Donde al pálido arrebol
Que en tus horizontes arde
Se enamoran por la tarde
La luciérnaga y el sol;

Donde en dulce desvarío,
El aire de tus montañas
Canta amor entre las cañas
Que bordan el manso río;

Donde finje blancos tules
Con que tus cañadas pueblas,
Un manto de blancas nieblas
Entre horizontes azules;

Donde ante el nítido espacio
De tu eterna primavera,
Es junto á cada palmera
Cada cabaña un palacio;

Donde corteja el rocío
Á los mirtos encarnados,
Bajo los rojos tejados
De tu hermoso caserío,

Y entre los verdes ramajes
Y los juncos tembladores,
Es toda la tierra flores
Y todo el cielo celajes;

Donde, entre la viva luz
Que vierte en el monte el cielo,
Se alza brindando consuelo
Sobre la ermita la cruz.

¿Qué puedo entre tus jardines
Á tu belleza cantar
Si te he venido á encontrar
Poblada de serafines?

Verjel hermoso ¿qué quieres
Que te diga en pobre acento
Si tienes un firmamento
Cuyos astros son mujeres?

Su candor disipa enojos,
Su pureza vence agravios,
No hay labios como sus labios
Ni hay ojos como sus ojos.

Su franqueza peregrina
La vida en el alma acrece
Y su sonrisa enloquece
Y su mirada fascina.

Tiene su faz expresión,
Su cerebro pensamiento,
Hay en su alma sentimiento
Y amor en su corazón.

Nunca mienten sus sonrisas,
Nunca engañan sus amores,
Son tiernas como sus flores
Y puras como sus brisas.

Quien las visita en su hogar
Les da cariño profundo
Y después recorre el mundo
Sin poderlas olvidar.

Jalapa, eterno pensil,
Nido de blancas palomas,
Todo rosas, todo aromas,
Que vela un eterno abril.

¿Qué te daré á mi partida?
Tu franca hospitalidad
Me dió la felicidad
Que yo soñaba en la vida.

Mañana, triste de mí,
Estarán sin olvidarte,
Mi cuerpo en cualquiera parte
Y mi pensamiento en ti.

Jalapa, enero 26 de 1889.

Á VOSOTRAS

Poesía leída en el Casino de Jalapa, la noche del 20 de enero de 1889.

Quien lee versos con mi nombre
Y no me ve, se figura,
Sin que mi nombre le asombre,
Que debo ser, más que un hombre,
La estatua de la amargura,

Siempre voy del llanto en pos :
Toda ilusión se me trunca,
Cuando (quede aquí entre nos)
¡Juro á fe de Juan de Dios
Que yo no he llorado nunca!

Yo sé que en el triste suelo
Á un llorón le hacen desaire
Aun conociendo su duelo;
¿Quién guarda el llanto? El pañuelo.
¿Y los suspiros? El aire.

Y no gusto de poner
En plena atmósfera un ¡ay!
Ni ver mi llanto correr
Sobre un lienzo que ha de ser
De blanco lino ó cambray.

Sin embargo, no es desdoro
Y muy natural lo encuentro.
Aunque lo digáis en coro;
En algunos versos lloro
Y ¡ay de mí! ¡lloro por dentro!

Esto no me da sonrojos
Ni de mártir me da palma,
Pues está entre mis antojos
Nunca llorar con los ojos,
Sino llorar con el alma.

Cuando los dardos cortantes
De una secreta aflicción
Me abren heridas punzantes,
Como lloro en consonantes
Hago una composición.

Éste es quizá el amuleto
Que en mis pobres versos ven
Las gentes de más respeto,
Por eso tengo el secreto
De hacerlas llorar también.

Es un llanto que no empapa
Ningún pañuelo, en verdad,
Cuando del pecho se escapa...
¡Arcángeles de Jalapa!
Mi franqueza perdonad.

Así Dios formarme quiso:
Si en verso sentimental
Lloro en vuestro paraíso
Perdonad... (Cuando improviso
Es cuando lloro más mal.)

Me cautivan vuestras flores,
El cielo gris ó turquí,
La niebla, los ruiseñores,
En fin, todos los primores
Que juntos tenéis aquí.

Si fuera un mago, os daría
Las dichas que ciertas son;
Más os doy desde este día,
No la pobre lira mía,
Algo más : mi corazón.

No seré en la ausencia infiel
Á esta tierra tan galana,
Que tiene como laurel,
Ser el más lindo verjel
De la nación mejicana.

Siempre en sus florestas bellas
Tendré las miradas fijas
Buscando ansioso sus huellas;
¡ Oh Jalapa ! tus estrellas
Son los ojos de tus hijas.

En esta improvisación,
Mal dicha en estos confines,
No juzguéis mi inspiración.
Con ella : mi corazón
Os dejo en estos jardines.

Y yo lo dejo al abrigo
De vuestro risueño hogar
De cuya paz soy testigo;
Nunca olvidéis al amigo
Que nunca os podrá olvidar.

Jalapa, 20 de enero de 1889.

COATEPEC

Á MI FRATERNAL AMIGO MANUEL LEVÍ

Velado entre un cortejo
De brisas y de aromas,
Que de las nieblas rompen
El transparente tul,
Los mirlos lo despiertan,
Lo arrullan las palomas,
Sobre una alfombra verde,
Bajo un dosel azul.

Colmena de alabastro,
Semeja el caserío;
Le forman los tejados
Coronas de rubíes,

Y aprisionado corre
El murmurante río
Entre gardenias, mirtos,
Camelias y alhelíes.

Tupidos cafetales
Esconden la cabaña
Que el sol americano
Incendia con su luz,
Y entre el follaje denso
Defiende la montaña
La ermita alzando al cielo
Su solitaria cruz.

El liquidámbar tiende
Sus ramas aromosas
Sobre las verdes cañas,
Riqueza del verjel;
Cortejan los naranjos
Las áureas mariposas,
Mientras las piñas brindan
Á los jilgueros miel.

Al soplo de las brisas
El platanar resuena;

Al peso de los frutos
Se dobla el cafetal
Y al pie del loripondio
Se asoma la azucena
Cuyo nevado seno
Refresca el manantial.

Cuando la tibia noche
Su clámide desata
Y el río da á los vientos
Su mágico rumor,
Los azahares fingen,
Aljófares de plata
Que bañan los insectos
Con vívido fulgor.

Es Coatepec un carmen
Oculto en el follaje,
Un sueño de poeta,
La flor de una ilusión;
Del mar de la existencia
Venciendo al oleaje
Un puerto en que se encuentra
La paz dei corazón.

Sus hijas son morenas
Afables y sencillas;
Las flores de su huerto
Su majestad les dan,
Es ébano su pelo,
Son rosas sus mejillas
Y pétalos sus labios
Del rojo tulipán.

Aquí, para las dichas,
Para soñar amores,
Para gozar tranquilo
De paz y de quietud,
La noche tiene estrellas,
El campo tiene flores
Y la mujer el alma
Radiante de virtud.

Jardín agreste y bello,
¡Con qué placer te miro!
Revive de mi pecho
La amortiguada fe;
Contemplo tus encantos,
Tu atmósfera respiro;

Adiós verjel hermoso,
Jamás te olvidaré.

Ausente veré en sueños
Tus flores, tus cabañas,
Tu panorama hermoso
Que ante mi vista está;
Y en alas de la brisa
Que corre en tus montañas
Mañana á visitarte
¡Mi corazón vendrá!

Coatepec, enero 21 de 1889.

EN LA FERIA DE TLACOTÁLPAM

Á LA SEÑORA DOÑA PETRONILA CHÁZARO DE CHÁZARO.

Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotálpam,
Todo es músicas y risas
Y confusión y algazara.
Por las pintorescas calles,
Entre las risueñas casas,
Todas con portales blancos
Y con tejados de grana,
En medio de los fulgores
De las encendidas hachas
Retozando con el pueblo
Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantones
Que se achican y se agrandan
En manos de los chicuelos
Que con orgullo los cargan!
¡Qué revoltosos los toros,
Los elefantes, las garzas,
Que, como si fueran vivos,
Asustando al vulgo pasan!
¡Qué alegre está, qué contenta
La reina del Papaloápam!
Se preparan al *embalse*
Las corredoras piraguas
Pintadas con los colores
Del pabellón de la patria,
Coronadas de banderas,
De gallardetes y flámulas
Y listas para moverse
Al romper la luz del alba.
La gente que está en el muelle
Dichosa se mueve y canta,
Y en las puertas de la Iglesia
Las mujeres apiñadas
Pugnan por ver á la hermosa
Virgen de la Candelaria,

Que viste traje muy rico
De seda luciente y blanca,
Por mano de las doncellas
Con arte y amor bordada.
Es el altar de la Virgen
Ancho torrente de llamas
Que fingen un firmamento
De inmensas estrellas áureas
  Fuera del templo y llenando
De rumor la alegre plaza,
El pueblo formando coro
Se entrega libre á la dansa.
  ¿Quién á los bailes de *sones*
No va á dar una mirada,
Donde con lascivas notas
Puebla el aire la guitarra?
Allí no penetra nunca
La tierna exquisita dama
Que en los tranquilos hogares
Es reina en virtud y gracia.
  Allí no está la señora
Orgullo y flor de su casa,
Encanto y luz de la costa
Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sones
Jarochas de rompe y rasga
Que en la sonante tarima
Á vista de todos danzan.
Es la jarocha, morena,
Con faz por el sol tostada,
Ojos negros y brillantes
Como los ojos del águila.
Con un andar muy garboso
Y una sonrisa muy franca,
Y un talle esbelto y flexible
Que se cimbra cuando marcha.
Tiene los negros cabellos
Sujetos en trenzas largas
Que circundan su cabeza
Con aire de musulmana.
Ciñe las trenzas oscuras
La cinta azul ó encarnada
Que en ancho y vistoso moño
Sobre la frente remata.
Por detrás de la cabeza
Relumbrando se destaca
Ostentoso cachirulo
Con rica teja dorada.

Envuelve su airoso cuello
Rica pañoleta blanca,
Ligera como la espuma,
Brillante como la plata.
Rebozo de grandes puntas
Cubre su mórbida espalda
Y con donaire desciende
Sobre la ligera enagua
Que adornan anchos olanes
Lustrosa y almidonada.
Al bailar con qué soltura
Pone los brazos en jarras,
En tanto que en torno suyo
Canta el pueblo las *guarachas* :
« Jarochita de mis ojos,
¿Por qué me olvidas ingrata?
Mírame y dame la muerte
« Jarochita de mi alma. »
« Dejé mi corazoncito
Á la sombra de una palma
Y una jarochita infame
Lo mató de una mirada. »
Aplaude el pueblo los cantos,
Unos gritan, otros bailan,

Otros arrancan sollozos
Á las dolientes guitarras,
Y así se pasa la noche,
Y así llega la mañana
Entre risas y suspiros
Y confusión y algazara,
Mientras hermoso, imponente,
Con su manto de esmeralda
Alegra y fecunda el río
Cocos, cafetos y cañas.
¿Quién sufre terribles duelos?
¿Quién llora penas amargas?
Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotálpam:
El nenúfar de las ondas,
De la costa la sultana,
Trono de las mariposas
Y perla del Papaloápam.

Tlacotálpam, febrero 4 de 1889.

AL PAPALOÁPAM

A MI FINO AMIGO SR. D. JUAN CHÁZARO SOLER

(Leída á bordo del vapor « Tlacotálpam » el 3 de febrero de 1889.)

¡Salve anchuroso río
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas
Y al blando soplo de las auras, rizas
Sobre un abismo azul tu regio manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa
Nada digno de ti. Débil aspiro
Á cantar tu esplendor. Prosigue, pasa...
¡Al ver tu majestad callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura
Robándote al pasar tus frescas galas,
La brisa que deshace con sus alas
El níveo encaje de tu linfa pura?
Estrellas tejen tu inmortal corona
En las noches del trópico calladas,
Y las tibias, tranquilas alboradas,
Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
Hermoso y rico en montes y praderas,
Su gran tesoro de misterios lleno,
Lo puso en tus riberas
Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata
Líquida lumbre entre tus ondas brilla
Y en ellas alza la cortante quilla
Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica, escondida
De tu serena margen en la falda,
Y la palmera erguida
Con su inmenso penacho de esmeralda;
En el diáfano espacio,
Fúlgida antorcha que á lo léjos arde,
Lágrima de topacio
La solitaria estrella de la tarde;
Bordando las laderas
Del pescador humilde las cabañas;
Las espigas en anchas sementeras;
La agreste soledad de las montañas:
El resonante coro
Á que tu eterno murmurar responde
Y en que á los gritos del salvaje loro
Se mezcla el arpa de oro
De los jilgueros que la yagua esconde;
La tonina saltando en tus espumas
Que el pesado alcatraz roza intranquilo;

La esbelta garza de nevadas plumas
Burlando el acechar del cocodrilo;
El huaco centinela entre el follaje,
La guacamaya de pausado vuelo
Y como bardo errante del boscaje
El pardo ruiseñor, eco del cielo.
Todo forma tu trono y tu paisaje;
Todo matiza y borda tus orillas
Y tú grande, magnífico, fecundo,
En medio de tan regias maravillas
Buscas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
Sobre las obras frágiles humanas
Y mira igual el fuego y la ceniza
Mientras el soplo de los siglos riza
Su larga cauda de temblantes canas.

Corre anchuroso río,
Corre y torna á correr sin detenerte;
Todos vamos á un fin triste y sombrío,
¡Tú vas hacia la mar; yo hacia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,
Ver nacer y morir, año tras año,

Aves, flores, espigas y palmeras
Sin que nunca en invierno sientas daño
Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudo lanzas
Á un abismo sin fin tus verdes ondas,
Y arrastras cual perdidas esperanzas
Las aves muertas, las marchitas frondas,
El roble añoso por el rayo herido,
Los frutos arrancados
Antes de que estuvieran sazonados
Y algún desierto nido
¡Hogar sin fe ni amor, que va al olvido!

Cual tú rápido vas al Oceano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fían;
Así cual tú se lanza

Á otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!
¡Ni te abrasas
Con la lumbre del sol, ni en el invierno
Tus ímpetus sosiegas, siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

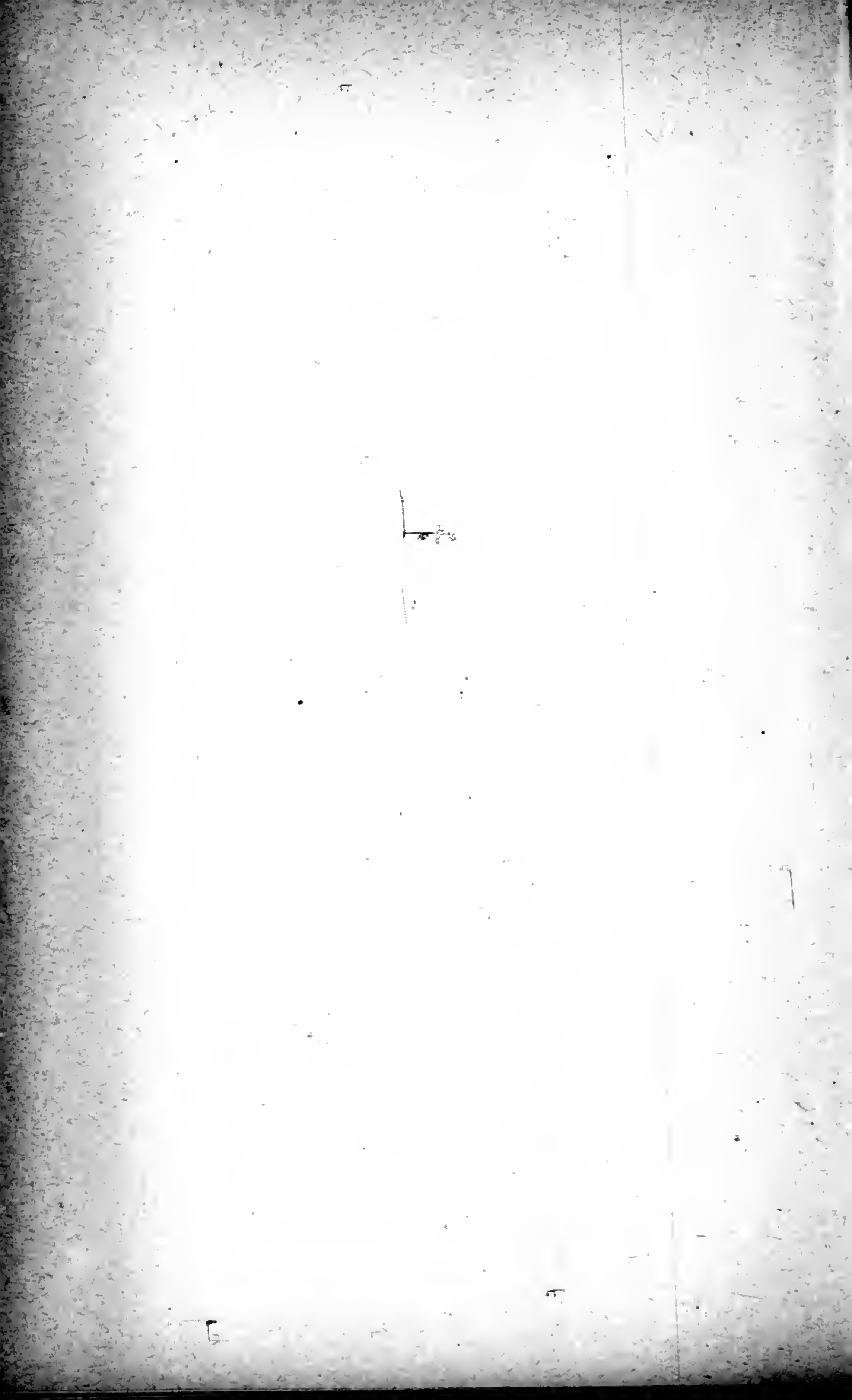
¿De dó viene? ¿Á do va?
¿Quien ha logrado
Su destino explorar? ¡Negra es la suerte
Que esconde lo futuro y lo pasado!
¡Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;

Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire;
Eres grande y hermoso
Cuando entre flores mil soberbio creces
Y si te encrespa el norte proceloso
Gigante brazo de la mar pareces.

Á la ciudad risueña
Que como amante tuya se reclina
Plácida, pintoresca y halagüeña
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,
Á sus jardines das verdor y galas
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual níveo cisne de brillantes alas.
¡Llévame allí!... Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío
Y prosigue soberbio de belleza...
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

Á bordo del « Tenoya », enero 31 de 1889.



Á LA ENCANTADORA NIÑA ARGENTINA

MARÍA ELISA MENDOZA

¡Yo he soñado tu patria! Me ha traído
La ilusión vagas notas del boyero;
He soñado un ombú que han sacudido
Las alas poderosas del pampero;
Las viejas quintas de placeres nido
El payador errante y lastimero,
Y ese gigante que la mar retrata
El hondo, azul y caudaloso Plata.
Sí, yo he soñado la región hermosa
Que entregan á la historia con decoro
San Martín con su espada victoriosa,
Mármol con su laúd de nácar y oro;
He soñado la pampa silenciosa

De la salvaje libertad tesoro
Y el gaucho agreste y la gentil porteña
Que hasta el dichoso que la ve la sueña.
Yo soñé de tu río en los cristales
La emigradora barca siempre á flote,
La cruz del sur que en noches estivales
Lo mismo ampara al puerto que al islote;
Mariposas, horneros y zorzales
Enamorando al verde camalote
Toda la pompa agreste y soberana
De nuestra virgen tierra americana.
Y es porque yo nací donde nacieron
Los aztecas, hundidos en estragos,
Junto á los dos volcanes que surgieron
Cual flechas de cristal sobre los lagos
En seculares bosques do crecieron
Ahuehuetes en vez de jaramagos,
En Anáhuac, en fin, cuya grandeza
Escogió como altar Naturaleza.
Niña gentil en cuyos labios rojos
Acendran miel los híblicos panales;
Tú que no ves cenizas ni despojos
En los anchos desiertos mundanales,
Conserva siempre en los fulgentes ojos

El brillo de los cielos tropicales
Y en tu pecho la dulce transparencia
Que en la virtud refleja la inocencia.
Cuando tornes, alondra mensajera,
Adonde diste tu primer aliento,
E iguales á tu madre en lo hechicera
Y á tu padre en saberes y talento;
Recuerda esta región de primavera
Tierra de la lealtad y el sentimiento
Y al consagrarle una memoria grata
No te olvides de mí, rosa del Plata.

COSTEÑA

Á MI AMIGO EL ELOCUENTE ORADOR

JUAN MANUEL BETANCOURT

Mulatica, tus labios son rojos,
Remeda tu talle gallardo bambú,
Y tienes tan grandes, tan negros los ojos,
Que no todas saben mirar como tú.

Estatua de Venus en bronce tallada,
Tu chal blanco y oro parece alquicel,
Y quema tu larga pestaña rizada
El fuego no extinto del sol de Israel.

Al par que una mano reposa en tu falda
Con la otra abanicas tu lánguida faz,

Y el hombro redondo, la mórbida espalda,
Tu hamaca sostiene brindándote paz.

Un aire de fuego los campos agosta,
Se ven á lo lejos las olas hervir
Y dobla su tallo la flor de la Costa
Que anhela indolente la siesta dormir.

No duermas mulata: mirándote inerme
Vendrán las abejas tu boca á picar;
Amor, cual abeja, ni avisa ni duerme
Y quiere en tus labios sus dardos clavar.

Son griegas tus formas, tu tez africana,
Tus ojos hebreos, tu acento español,
La arena es tu alfombra, la palma tu hermana,
Te hicieron morena los besos del sol.

En ébano y bronce por Dios modelada
Te esconde la playa, te arrulla la mar,
Tus negros cabellos en trenza encrespada
Te envuelven un rostro reflejo de Agar.

Feliz á quien ames... Feliz el que vibre
Cual la harpa islamita del rey trovador,

Mirándote hermosa... besándote libre
Tendida en la hamaca, soñando en su amor.

Mulata: las flores ya plegan el broche,
Las olas se alejan, la playa está en paz;
¡Reposa tranquila, que el rey de la noche
Sus besos de fuego derrama en tu faz!

No temas, dormida, las iras de Otelo,
Si viene tu amante tu encanto á buscar,
Serán sus antorchas los astros del cielo,
Serán sus arrullos los tumbos del mar!

Alvarado, febrero 15 de 1889.

IN TERRA PAX HOMINIBUS

(EN LA INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DE SAN LUIS)

¡Salve el Progreso! ¡Salve el poderoso!
¡Siglo de la Razón, que inflama y llena
El cosmos con su aliento luminoso!
¡Desde la limpia, azul, vasta y serena
Región de los espacios estelares,
Hasta el lecho de arena
Do en muda soledad duermen los mares!

Todo lo inunda con fulgor divino
La omnipotente y sola soberana
Que ha regado de lauros el camino
Del siglo actual: ¡la inteligencia humana!

Salvan las empinadas cordilleras,
Y los desiertos y el profundo oceano,
La palabra y la voz, ¡ya no hay fronteras!
¡El hombre es ya del mundo ciudadano!
Y el pensamiento en el alambre fiero
La voz en el fonógrafo cautiva
Lanzan en coro el estruendoso viva
Al dogma de los libres : ¡el Progreso!

El vapor en esclavo convertido
Y la eléctrica chispa dominada
El mundo han transformado y redimido,
Enalteciendo del mortal el nombre,
Dad un himno á la paz las almas puras.
¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios en las alturas!
¡Paz en la tierra al hombre!

Octubre 31 de 1888.

A ENEAS Y AQUILES

CARTA ÍNTIMA. DEL ÁLBUM DE LOLA AUBRY DE LEVÍ

Señor don Eneas,
Señor don Aquiles,
(Los hijos que adora
Mi amigo Leví)
En esta Jalapa,
Pensil de pensiles,
Oh amigos que apenas
Contáis cinco abriles!
No olvido la tarde
Que yo os conocí.

Jugando en el patio
Con ambos en lucha

Estaba una joven
Sin nombre y sin Dios,
Que charla á chillidos,
Y calla y escucha...
¿Sabéis de quién hablo?
Pues hablo de *Chucha*,
(Es *Chucha* una mona
Que tienen los dos.)

Abiertos los ojos,
El rabo enroscado,
Sentada en la fuente
Rascando su piel,
Con rostro... ¿eso es rostro?
Y hocico cerrado
La pobre de *Chucha*
Miraba hacia el lado
Do el *Tata* relincha
Y está el *Cascabel*.

¡El *Tata!* un caballo
Que tiene buen pelo,
Pequeña la alzada
Rosillo el color,

Que *Aquiles* lo monta
Sin grande recelo,
Y en él va á los *Berros*
Y llega á *Teocelo*
Con garbo y donaire
De buen picador.

El otro pequeño,
Violento cual rayo,
De clase, de estampa,
De sangre, de ley,
Parece un monarca
Que ve de soslayo;
Eneas me gritaba :
¡Qué lindo es mi bayo!
¡Enéas es su dueño,
Su amante y su rey!

La tarde á que aludo,
Los niños contentos
Sin duelos ni penas
Jugaron allí;
Y yo los miraba
Con hondos tormentos

Y absorto y confuso
Con mil pensamientos
Á solas decía :
« Mi Juan es así ».

¡Oh hermanos dichosos!
¡Qué hermosa aureola
Os ciñe la dicha,
Y os guarda el hogar!
La flor de la vida
De tierna corola,
Manuel la cultiva,
Defiéndela Lola
Diciendo al miraros :
¡Vivir es amar!

Vivid, lindos niños,
Que nunca taladre
La pena vuestra alma,
Creced sin sufrir;
Tenéis un arcángel,
Tenéis una madre
Y en pleno camino,
Contáis con un padre

Que os lleva hasta el templo
Do está el porvenir.

¡Oh auroras humanas!
Vivid al abrigo
De un techo que os libra
De pena y dolor;
Al veros felices
Llorando os bendigo:
Yo soy... ¡perdonadme!
Soy yo vuestro amigo,
De tantas venturas
Yo soy el cantor.

Aquiles: ya el *Tata*
Te espera ensillado,
Corramos al campo,
No temas la lid;
Me mira tu hermano,
Que está disfrazado
Con ancho sombrero,
Zarape encarnado
Y altiva mirada
¡Reflejo del Cid!

La vida es combate
Muy fiero y muy rudo,
El mundo es el campo,
Del duelo y del mal;
Para ese combate
Lleváis un escudo;
Os miro dichosos;
Vivid ¡estoy mudo
De encanto, de asombro
De fe celestial!

¡Oh charro! ¿que quieres?
Lo más que deseas
Al punto lo tienes,
¡Feliz eres tú!
¿Hay penas? ¿hay males?
Tú, nunca lo creas,
Ni tú, buen Aquiles,
Hermano de Eneas
Que aquí entre nosotros
Llamamos *Tutú.*

Vivid lindos niños,
La dicha no es mucha,

Se va rauda y pronta
Cual va la niñez;
El mundo os espera
Y os llama á la lucha,
Montad en el *Tata*,
Jugad con la *Chucha*
¿Qué importa? ¡muy lejos
Está la vejez!

Guardad vuestro nombre,
Que está inmaculado;
Vivid muy dichosos;
Jugad siempre así;
Es grande y es noble
El ser que es honrado;
Seréis muy felices...
Sabed, yo he llorado:
¡Quedaron mis hijos
Muy lejos de aquí!

¡Oh mundo! mañana,
De ver no te asombres
Que aquestos infantes
Que alegres están,

Den lustre á su cuna,
Den gloria á sus nombres,
Mañana... ¡quién sabe!
¡Los dos serán hombres!
Y entonces ¡oh! entonces
Ya no me verán.

Con otros destinos,
En otros pensiles,
Quizá seréis genios...
¡Lo anhelo yo así!
Si entonces tuviereis
Venturas á miles,
Señor don Enéas,
Señor don Aquiles,
Pues soy vuestro amigo
¡Pensad algo en mí!

No extingan los años
La hermosa aureola
Que os ciñe dichosos
En este verjel;
Entrad á un combate
Do el alma va sola;

Tenéis un arcángel :
¡El celo de Lola!
Tenéis un amparo :
¡La fe de Manuel!

Si halláis á mis hijos,
El único incienso
Que en hondos tormentos
Mi altar perfumó,
Y acaso pensareis
Lo mismo que pienso,
Volvedles entonces,
Sincero é inmenso,
El mismo cariño
Que ufano os doy yo.

Jalapa, febrero 16 de 1889.

¡POR LA CARIDAD!

(Leída en el Gran Teatro Nacional de Méjico la noche del sabado 7 de julio de 1888.)

En la tranquila noche callada
Bajan los copos de la nevada,
Cubren los nidos del torreón
Y al ir á verlos con la alborada
Sólo sepulcros los nidos son.

—

Nadie en los sueños del mundo fie
El que con ellos goza y se engríe
Es el esclavo de su pesar.

Es el marino que alegre ríe
En las tormentas que esconde el mar.

—

Cuando natura persigue al hombre,
¿Dónde está el fuerte que no se asombre
Del terremoto, del huracán...?
Fuerza, talento, riqueza y nombre
¿De dónde vienen y á dónde van?

—

Frente á esas rocas grandes y solas
Á que empenachan las aureolas
De un sol que incendia la inmensidad,
¡Qué turbulentas pasan las olas
Tal como pasa la humanidad!

—

Las olas negras que nadie alcanza
Y que sepultan con acechanza
Las fuertes naves, son el dolor;

Las olas verdes son la esperanza,
Y las azules son el amor.

—

Esos espesos toldos de bruma
Que el sol matiza, que el viento esfuma,
De nuestras dichas reflejos son,
Pues se deshacen como la espuma,
Como los sueños de corazón.

—

En el desierto buscad la palma
Y ni á su sombra tendréis la calma;
El hombre lucha sin descansar;
Dios ha formado voluble el alma,
La tierra aleve, traidor el mar.

—

En este eterno combate humano,
Si todo es falso, si todo es vano
¿ Nuestro martirio no tendrá fin ?

¿Se alza el hermano contra el hermano?
¿En nuestro siglo, vive Caín?

—

¡No! ¡Dios es grande y omnipotente!
Él nos ha dado la llama ardiente
Que significa la humanidad,
Virtud eterna, santa, esplendente
Amor de amores ¡la Caridad!

—

Vive sin pompas y sin testigo;
Ella á los pobres da pan y abrigo,
Es del enfermo fuerza y sostén,
Salva al esclavo, vela al mendigo
Y hasta en las tumbas derrama el bien.

—

Hoy que en un pueblo franco y risueño,
Airada suerte con torvo ceño
Difunde muerte, siembra terror...

Méjico entero con santo empeño
Como una madre muestra su amor...

—

Allí entre duelos y hondo quebranto
En las rüinas cunde el espanto...
Todo es miseria, luto, orfandad,
Y con el agua se mezcla el llanto
Y con las quejas la tempestad.

—

Murió la pompa de antiguas eras,
Ya son escombros casas enteras,
Ya los hogares escombros son,
Se han vuelto lagos las sementeras
Y es un sepulcro todo León.

—

Allí son tantas las aflicciones
Que todos visten negros crespones
Pues siempre ha sido negro el dolor...

Pero hoy responden los corazones
Con nobles obras de inmenso amor.

—

« ¡Gracias! » nos dicen los afligidos,
« ¡Gracias! » murmuran los desvalidos,
Los infelices, gracias nos dan,
Vuestros esfuerzos están cumplidos;
Dais á los pobres vestido y pan.

—

Gracias — os digo — que el cielo os mande
Por solo premio, cuanto demande
Vuestra ternura del pobre en pos...
¡Grande es mi patria, que un pueblo es grande
Cuando en sus obras refleja á Dios!

———

EN TLACOTALPAM

Á MI AMIGO EL GENERAL JUAN DE LA LUZ ENRÍQUEZ

(Leída en el Casino Tlacotalpeño la noche del 3 de febrero de 1889)

No con necias presunciones
Os dirijo la palabra,
Que es desacato con versos
Interrumpir una danza.
Soy como el ave de paso
Que hospeda florida rama
Y el ave entre tantas flores
Se siente feliz y canta :

Seré breve, dadme oído
Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad risueña,
Alegre y hospitalaria
La que lleva el justo nombre
De perla del Papaloápam.
Surge entre las verdes ondas
Como una paloma blanca
Porque es la novia del río
Más hermoso de mi patria.
Centinelas vigilantes
Semejan sus verdes palmas,
Y opulenta alfombra de oro
Sus anchos campos de cañas.
¡Qué limpias son sus auroras
En horizontes de nácar...!
¡Qué crepúsculos tan tibios
En sus tardes sosegadas!
¡Qué música misteriosa
Su dulce paz acompaña,
Cuando son manos las brisas
Y los nenúfares harpas...!
¡Cómo matizan los pliegues

De su manto de esmeralda
Las rosas, urnas de aroma,
Los nardos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares
En los campos y en las auras!
En el carácter franqueza,
Honradez en la palabra,
Sin engaños en la forma
Ni doblez en la mirada,
Ofrecen sus moradores
Las hospitalidad más franca
Y al que le llaman su amigo
Como un hermano le tratan
Porque á quien le dan la mano
Con ella le dan el alma.
Es una ciudad muy bella
La perla del Papaloápam;
La ciudad novia del río
Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma
La que acierte á retratarla
Describiendo en dulces versos
Cuanto en su recinto guarda;

La dama de sus hogares
Es una perfecta dama;
Bella cual la flor del río
Que vió deslizar su infancia;
Es en el andar airosa,
En el mirar recatada,
Para sus virtudes, reina;
Para su deber esclava,
Nunca hipócrita ni aleve
Y siempre sincera y franca.

¡Oh mujeres de la costa
Que el indiano sol abrasa!
¡Oh flores cuyos encantos
Las verdes ondas retratan!
Dejadme que osado os cante
Con harpa mustia y cansada
Como el cardo de la tierra
Canta á los lirios del agua
Poniendo para cantaros
Mi corazón en el harpa...!

Mañana estaré muy lejos
De vuestra tierra encantada

Y al recordar sus hechizos
Sentiré muy triste el alma.
Me llevo dulces recuerdos
Que ni se borran ni pasan.
¿Habéis visto cómo surge
Entre las ondas gallarda
Esta ciudad á los ojos
Del que deja tierra extraña?
Si fuera pintor pudiera
Copïar el panorama :
Míranse los corredores
De esbeltas columnas blancas
Como si fueran de nieve
Ó de reluciente plata,
Recordando con sus arcos
Sus puertas y sus ventanas
Los muros y minaretes
De una ciudad musulmana;
Y así en sus rojos tejados
Como en sus callejas largas
Se sorprende una sonrisa
Espontánea, alegre y franca,
Que está diciendo al viajero :
« Entre todas estas galas

Lo que encontrarás si llegaa
Es la lealtad en el alma. »

¡Y queréis que yo me olvide
De la alegre Tlacotálpam!
Su recuerdo mi memoria
Ya para siempre lo guarda.
¡Oh perla de la corona
Que ciñe libre mi patria!
Que siempre las verdes ondas
Que tu hermosura retratan
Te encuentren feliz, risueña,
Próspera, rica y en calma
Y que al hablar de tu suerte
Las gentes propias y extrañas
Digan lo que yo te digo
Desde el fondo de mi alma:
Es un edén de ventura
La perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, febrero 3 de 1889.

Á LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

(PLEGARIA PARA UNA AMIGA)

¡Virgen de las Angustias
Á quien aclaman
Los que angustiados gimen
Sin esperanza!
Deja que al entregarte
La fe del alma,
Todas mis ilusiones
Ponga á tus plantas.
Otros tienen riquezas,
Venturas, gracias,
Yo sólo tengo ¡oh madre!
¡Penas y lágrimas!
Tu altar lleno de flores
¡Cuánto embalsama!

Tu dolorido rostro
¡Cuánto avasalla!
Mi vida es una noche
Lenta y amarga;
Si una estrella aparece
Pronto se apaga.
Mi pecho tiene un dardo
Que lo desgarra;
Mi pensamiento es ave
Que está sin alas.
Cúrame de estas penas
¡Virgen del alma!
Alivia estas heridas
Que tanto sangran.
En faltando el sosiego
Todo nos falta
Y es un mártir quien vive
Sin esperanza...

. . . .

¡Virgen de las Angustias,
Madre adorada
Á quien busca y venera
Todo Jalapa.
En tu risueña gruta

Florida y santa,
Quiero que en el silencio
Mi llanto caiga!
¡Por el Hijo adorado
Que muerto abrazas!
¡Por todos tus dolores
Y por tus lágrimas!
Oye lo que te pido
Madre adorada,
Desde el oscuro y triste
Fondo del alma:
De mi vida en la noche
Tan negra y larga,
¡Sé tú la luz bendita
De la mañana...!
¡Dale paz á mis horas,
Tregua á mis ansias,
Y que sepa, si muero,
Que tú me salvas!

Jalapa, 16 de febrero de 1889.

A UN NENUFAR

Á MI BUEN AMIGO GUILLERMO POUS.

¡Sólo tu hermoso nombre conocía!
Hoy que te miro columpiarte á solas
Á los fulgores últimos del día...
¡Pálida flor, hermana de las olas,
Encanta tu belleza el alma mía!

Del Papaloápam en el fondo oscuro
Naces desconocida y olvidada
Como nace el amor secreto y puro
En el fondo del alma atribulada.
Tu tallo enhiesto, se levanta y crece

En busca de aire y luz; si el sol lo inunda
Con sus rayos de fuego, se envanece
De sostener tu cáliz, y te mece
Y se esconde después que te fecunda.

Eres la imagen fiel de esos ensueños
Á que la fe les da sus aureolas,
Eres tú la esperanza bendecida
Que en el mar de la vida
Flota al vaivén de las volubles olas.

El que con loco intento
Con dura y torpe mano te arrebata
Del líquido elemento,
Tu tallo rompe y tu belleza mata.
Eres imagen bella
De la ilusión más pura,
La mano airada que tus gracias huella
Apaga tu hermosura.

¡Flor de las olas! como tú he nacido
Sobre un abismo lóbrego y profundo;
Tú no anhelas mas lauro que el olvido;

¡El mismo lauro que reclamo al mundo!
¡Tú creces entre eternas veleidades
Viendo fugaces deslizar los años...!
Yo vivo entre secretas tempestades
De amargos y profundos desengaños.

Tú sobre el ancho río
Buscas luz, buscas aire, buscas vida;
¡Imagen fiel del pensamiento mío
Que busca todo aquello que lo olvida!

¡Flor de las olas! ¡Mi voluble suerte
En ti me da la imagen de mí mismo
Y gozo y me embeleso al conocerte!
Mañana á mí me arrastrará la muerte...
¡Yo nací como tú sobre el abismo!

Desde el bajel que tus cimientos riza
Te da tu amor mi corazón ardiente,
Mañana tu cantor será ceniza,
¡Tú una flor que se lleva la corriente...!

¡Adiós! entre las rojas aureolas
Con que el sol adornó tu gallardía

Morirás cual las almas que van solas
Del mar del mundo en las revueltas olas...
¡Como tú ha de morir el alma mía!

Febrero 3 de 1889.

Á GUADALAJARA

Te soñé desde niño, tierra de flores,
Más valiera que nunca yo te soñara,
Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores,
Nada puedo ofrecerte, Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte
Para aliviar mi amarga melancolía,
Y así cual te soñaba logré encontrarte,
Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alhambras
Con Zaidas y Moraimas en sus verjeles,
Y tus campestres fiestas son cual las zambras
Que alegraban las cuestas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,
Tus floridos naranjos, tus alhelíes,
Recuerdo aquellos campos de musulmanes,
Tumbas de abencerrajes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres deslumbradoras,
Las de talles esbeltos y labios rojos,
¿Quién no sueña en la magia de aquellas mora?
De crenchas abundosas y negros ojos?

Árabe en tus pasiones y en tus festines,
Bajo un diáfano cielo resplandeciente,
Con azaleas y lirios de tus jardines
Teje el amor guirnaldas para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,
Perla cual no la guardan índicos mares,
Blancas, dulces y tiernas como palomas
Son las felices reinas de tus hogares.

El sol brilla en tu cielo más fulgoroso,
Te da con sus celajes clámides bellas,
Y en ti, Guadalajara, todo es hermoso:
Mujeres, flores, aves, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,
De la virtud austera trono y escudo,
Reina del Occidente, yo te bendigo
Edén de las hermosas yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro
No tiene en sus espacios región alguna,
Tardes como tus tardes de nácar y oro,
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala
Con lagos y volcanes que el mundo admira,
Ansioso de mirarte crucé el Chapala
Y al rumor de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios, en ti han nacido
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,
Y han sobre nuestra historia resplandecido
Como en tus tibias noches tantos luceros.

Tazón de tuberosas y tulipanes,
Ciudad de los palacios y las huríes,
Dime si te formaron los musulmanes,
Si eres de abencerrajes ó de zegríes.

Esas magas que ocultan en los chapines
Pies que á Fidias y á Venus bellos recrean,
Son las flores con alma de tus jardines,
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo
De tu suelo en que hoy vibra la lira mía;
El canto de tus hijas es el orgullo.
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierras de los ensueños y de las flores,
Perla cual las que esconden índicos mares,
Dios que puso en tus selvas los ruiseñores,
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento;
Para admirar tu hechizo me falta calma,
Llevo triste y de luto mi pensamiento
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

Cuando en tus claras noches sueñes dichosa,
Cuando con arreboles te adorne el día,
La brisa de tus campos dirá medrosa
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;
Y en medio de mis penas tanto te quiero
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del progreso la nueva aurora,
Yo sé que al alejarme de tus linderos
Pronto vendrá la rauda locomotora
Trayendo á que te admiren nuevos viajeros.

Que á todos les cautive, que les asombre
Como á mí tu belleza, de dichas nido,
Y que cual yo, en el alma guarden tu nombre
Que borrará la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, febrero 9 de 1888.

ADIÓS Á MONTERREY

LEÍDA EN EL BAILE « DEL TIVOLI REINERO » EN MONTERREY

Cuando cruzan peregrinas
El cielo las golondrinas
En bullicioso tropel
¿ Verán las flores divinas
Que tiene cada verjel?

—

¿ Verán la rosa encarnada,
La gardenia delicada,
El lirio de hojas de tul

Cuando surcan en bandada
Del espacio el mar azul?

—

En su rápido aleteo
Verán al fulgor febeo,
Un ensueño, una ilusión,
Verán esto que yo veo
En medio de este salón.

—

Un verjel de amor y calma
Donde la virtud es palma
Y eterno sol la honradez;
¡Un edén que anhela el alma
Volver á verlo otra vez!

—

Bendiga Dios los primores
De aqueste jardín sin par,
Do tienen alma las flores,

Donde brillan los amores
Sacrosantos del hogar.

—

¿Juzgáis que olvide algún día
Esta mansión de alegría
Donde la ventura está?
¡Si me dice el alma mía
Que nunca la olvidará!

—

¿Qué pudiera en esta vez
Deciros, en honra y prez
De esta tierra, mi laúd...?
¡Si yo adoro la honradez,
La franqueza y la virtud!

—

Si yo con el pecho lleno
De pesar y de veneno,
Conservo viva la fe,

Y he de dar culto á lo bueno
¡En donde quiera que esté!

—

Arcángeles de ternura,
De bondad y de hermosura
Que miro en mi derredor...
Miraros, es la ventura;
Dejaros, es el dolor.

—

Bellas rosas sin espinas,
Vuestras gracias peregrinas
Admiran con frenesí
Las viajeras golondrinas,
Que han cruzado por aquí.

—

¿Qué dirán volviendo al nido
Acerca de este florido
Y sosegado verjel?

Que sólo dicha han sentido
Cuando estuvieron en él.

—

Que entre naranjos y cañas,
Sin pompas falsas ni extrañas
Y con ángeles por grey,
Dios puso entre las montañas
Un nuevo Edén : ¡ Monterrey !

Diciembre de 1889.

EN COAHUILA

(Leída en la distribución de premios de las escuelas municipales del Saltillo.)

A vosotros, hijos tiernos
Del Estado de Coahuila,
Para quienes tiene encanto
La alborada de la vida,
Vosotros, que halláis un padre
Que os ilustra y os vigila
En esta comarca heroica,
En esta tierra bendita,
Dadle atención á mi acento
Y sabed que cuanto os diga
Brota del fondo del alma
Que se entusiasma si os mira.

Niños, ¿sabéis qué es el mundo?
Niños, ¿sabéis qué es la vida?
Es un campo de batalla
En que el ignorante es víctima;
El hombre llega á la tierra
Y entre las sombras vacila,
Pero hay luz para las sombras
Y un templo en que nace el día.
Esa luz se llama: el libro,
Pues en sus páginas brilla
La razón de cuanto existe,
De todo lo que palpita
Bajo la bóveda inmensa
Donde los astros cintilan.
Mucho sabe quien estudia
Y si los espacios mira.
Sabe lo que cada estrella
Á los ojos significa;
Si mira el peñón abrupto
Que por gigante intimida,
Sorprende la oculta veta
Que da riqueza en las minas,
Si mira el campo, conoce
Cómo se nutre y se anima

La madre naturaleza
Que tanto secreto abriga,
Y así proteje la industria,
El comercio fortifica
Y levanta y ennoblece
Cuanto abarcan sus pupilas.
Todo nos lo enseña el libro,
Todo la razón lo dicta
En un gran templo, en la Escuela,
Centro de luz y de vida.
La mujer en nuestro siglo
No es ya la esclava sumisa
Que allá en los antiguos tiempos
Estuvo siempre abatida.
Hoy alza con noble orgullo
Al cielo su frente limpia,
Y es el ángel que da gloria
Y ventura á la familia.
Hoy la mujer es un ángel
En la ciencia y en la lira,
Lucha por salvar la patria
Cuando la patria peligra,
Que así fué Leona Vicario
Para la patria oprimida,

La infatigable y heroica
Que su nombre inmortaliza.
Niñas que escucháis los versos
De mi destemplada lira,
¿Qué me trae hasta vosotras?
¿Por qué mis ojos os miran
Y el regocijo les nubla
Con emoción las pupilas?
Vosotros habéis cumplido
Con vuestra misión bendita,
Y el Estado que es un padre
Que vuestros pasos vigila
Y que os ha dado amoroso
En vez de vanas caricias
El pan del alma, la ciencia
Que os salva y os dignifica,
Hoy, por manos del que rige
Los destinos de Coahuila
Premia al que más se ha esforzado
En esta lucha pacífica.
Todo lo alcanza el estudio,
La mujer es la heroína
Que se redime y se salva
Y que su misión sublima

Cuando explora los secretos
De la ciencia y de la dicha.
 Guardad con orgullo el premio
Que vuestras manos reciban
Porque es la joya más grande,
La prenda de más estima
De cuantas sobre la tierra
Os concedan en la vida.
Mañana... cuando los años
Hayan corrido de prisa
Y recordéis estas horas
De sacrosanta delicia.
No olvidéis á los que os dieron
En el libro, eterna guía,
Y entonces, entre los goces
Callados de la familia
Bendecid á quienes fueron
Vuestro sostén y que os miran
Como esperanzas hermosas,
Como predilectas hijas.
 Si detrás de los espacios
En donde los astros brillan
Hay ojos que están mirando
El combate de la vida,

Ellos sigan vuestros pasos,
Ellos vuestra lucha midan
Y enaltezcan vuestros nombres
Y vuestro esfuerzo os bendigan.
¡Dios salve á las almas puras,
Á las tiernas sensitivas
Que han de brillar como estrellas
En el cielo de Coahuila.

AL PARTIR DE GUADALAJARA

(Leidas en el « Gran teatro Degollado »)

Tierra galana y hermosa
Que de mi patria en el suelo,
Brillas cual brilla en el cielo
Una estrella esplendorosa.
¿Qué voz dulce y misteriosa,
Qué ritmo, qué grato acento
Podrán las arpas del viento
Prestar á mi humilde lira,
Para decir lo que inspira
Tu amor á mi pensamiento...?

Si fuera un bardo, cantara
Un himno á tu porvenir,
Mas lo que puedo decir
Es poco, Guadalajara.
Vierte el sol su lumbre clara
Y te esmalta en mil colores,
Y como ángeles de amores
Nublan tus mujeres bellas,
Con sus ojos las estrellas
Y con sus labios las flores.

—

¡Con qué afán te besa el sol
Y en purpúreos cortinajes
Prende entre rojos celajes
Su vespertino arrebol!
Como el Edén español
Que se llama Andalucía
Eres de la tierra mía
Perla de rica aureola...
Cante España á su manola,
¡Mi patria á su tapatía!

—

Canto á la mujer hermosa
De talle esbelto y pie breve,
Con la tez de grana y nieve
Y las mejillas de rosa.
Que modesta y ruborosa
Acata deberes fijos,
Sin tener más regocijos
Ni más joyas, ni más flores
Que el altar de sus amores
En la cuna de sus hijos.

—

Canto con pobre laúd,
Con el alma entristecida,
Esta tierra donde anida
La franqueza y la virtud;
Que obliga á la gratitud
Con santa hospitalidad
Y que en anterior edad,
Alzando el patrio estandarte,
Fué trono, escudo y baluarte
Del sol de la libertad.

—

Elegida de la gloria,
Al defender sus derechos,
Llenó con heroicos hechos
El libro de nuestra historia.
Yo los guardo en la memoria
Llenos de brillo y honor;
Si fuera digno cantor,
Nuevo Homero los cantara...
¡Quien dice : Guadalajara
Dice : lealtad y valor!

—

De paso por tus confines
¿Qué notas daré suaves?
¡Tienes más bardos que aves
En tus risueños jardines!
Tus genios, tus paladines,
Tus mujeres, dignos son
De elevada inspiración;
Yo te doy sin valimiento :
Por lira mi pensamiento,
Por trono, mi corazón.

—

Tierra de vírgenes bellas
Que tienes en tus amores,
Tu campo lleno de flores
Tu cielo lleno de estrellas :
Al adornarte con ellas
Tu suerte bendijo Dios ;
Yo voy de mi afán en pos,
De mi deber al reclamo...
¡ Sé feliz !... como te amo
No puedo decirte : ¡ adiós !

Guadalajara, febrero 14 de 1888.

Á VERACRUZ

(Leída en el teatro de esa ciudad la noche del beneficio del maestro Arcaráz.)

¡Veracruz! Para cantar
Tus glorias, pulsar deseo
La lira del gran Tirteo,
No la lira del hogar.
Atalaya junto al mar,
Á quien como amante abrazas,
Cuantos duelos y amenazas
Amagan los patrios bienes,
Antes que nadie sostienes
Y antes que nadie rechazas.

Están de recuerdos llenas,
Recuerdos de cien batallas,

Tus derruídas murallas
Y tus erguidas almenas.
¡Cuántas páginas serenas
Ocupas en nuestra historia!
Que al par que heroica memoria
Guardan tus montes y valles,
Cada piedra de tus calles
Tiene un bautismo de gloria.
  Baluarte de dignidad,
De arrojo, de patriotismo,
De abnegación, de heroísmo,
De gloria y de libertad.
Formó tu virilidad
La reforma bienhechora,
Fuiste la cuna, la aurora
De ese cielo, en cuyas huellas
Son inmortales estrellas
Llave y Gutiérrez Zamora.
  Orgullosa de tu grey
Nadie brilla junto á ti...
Diste, nuevo Sinaí
Las tablas de nuestra ley;
Es tu pueblo el pueblo rey,
Que fiero en el batallar,

Para sufrir y gozar
Tiene en su entusiasta anhelo,
Por único manto el cielo,
Por único amigo el mar.
En la primera invasión
Á que Francia se atreviera,
Salvaste con la bandera
El nombre de la nación.
Es la lealtad tu blasón,
Tu fe la fraternidad,
Tu divisa la igualdad,
Y enfrente del porvenir,
Veracruz quiere decir
Puerta de la Libertad.
Acoge, pues, al viajero
Que en ti pone entusiasmado
Un corazón desgarrado,
Pero para ti sincero.
Pueblo altivo y caballero,
Nada mis palabras son,
Es pobre mi inspiración,
La tuya al cielo se eleva
Con Carpio, con José Esteva,
Con Zayas y Díaz Mirón.

Es mi paso junto á ti
Raudo como el pensamiento;
Más quisiera que mi acento
Eterno vibrara aquí.
No busques pensando en mí
Al poeta, busca al hombre,
Que yo vivo, no te asombre,
Para ensalzar tu memoria,
Para celebrar tu gloria,
Para bendecir tu nombre.

De más glorias al través
Yérguete noble y bravía,
Junto á este Golfo, á que un día
Trajo sus naves Cortés.
El mar ofrece á tus pies
Ancho foso de tu hogar:
Mira en sus ondas brillar
De tu heroísmo la luz;
Y sé siempre, Veracruz,
Indomable como el mar.

Á IGNACIO M. ALTAMIRANO

(ANTES DE PARTIR PARA EUROPA.)

Composición leída en la Velada Literaria
que celebró el « Liceo Mejicano » el 5 de agosto de 1889

Sabio amigo, fiel mentor
¿Siento pena ó regocijo
Al ser aquí tu cantor?
En mí se juntan, señor,
El discípulo y el hijo.

Si el discípulo no ha sido
Para tu gloria un blasón,
En cambio el hijo ha podido

Demostrar que te ha querido
Con todo su corazón.

Y nadie me tome á mal
Este nombre; es gratitud:
Tú has sido amante y leal
Padre de la juventud
Del parnaso nacional.

Naciste en humilde olvido,
Pero en honrada cabaña;
Aquel hogar escondido
Hoy sabemos que era el nido
Del águila en la montaña

Fué el genio tu aristocracia,
Tu ley la fraternidad,
Tu gran libro la desgracia,
Tu culto la democracia,
Tu numen la libertad.

Por eso es grande tu historia:
Cuando el águila creció
Fué de victoria en victoria;

Buscaba un cielo : la gloria,
Tuvo alas y la escaló.

La pampa hiciste jardín,
La oscuridad arrebol,
La cabaña camarín
Y el águila pudo al fin
Contemplar de frente al sol.

El mundo es torpe y es bajo :
Al astro del pensamiento
Lo eclipsa un escarabajo.
Tú te alzaste con talento
Con virtud y con trabajo.

Carácter altivo y fiero
Soñabas en tu ambición;
Bardo á la par que guerrero,
Junto á la lira de Homero
Las rostras de Cicerón.

Llegó tras la noche el día,
Que fué el símbolo, la norma
De cuanto en tu afán cabía;

Es decir amanecía
En Méjico la Reforma.

Era tu ideal; en eso
Tu fe de niño soñó :
Mostraste al pueblo el progreso
Y fuiste en aquel Congreso
Un segundo Mirabeau.

Desde la tribuna oías
El aplauso de mil manos,
Que de gozo estremecías
En cada vez que pedías
La muerte de los tiranos.

Después tus victorias son
Grandezas una tras una,
El foro, la asociación,
El libro, la redacción,
La cátedra y la tribuna.

Tu historia no tiene bruma :
Es limpia é inmaculada,
Que has dado á la patria, en suma,

Lo mismo el alma y la pluma
Que el pensamiento y la espada.

Vas á España; el mar no aterra
Á quien como el mar nació;
Verán lo que tu alma encierra :
Tú representas la tierra
Que Hernán Cortés conquistó.

La pompa en tus ojos arde
De nuestro indiano jardín;
Verán en ti sin alarde
No á Moctezuma el cobarde,
Sí al bravo Guatimotzín.

Un Cuauhtemoc, noble y fiero,
Hijo del azteca sol,
Sabio, elocuente, sincero,
Tan noble y tan caballero
Como el primer español.

Corona tu limpia historia
Con más brillo y más honor
Legando eterna memoria;

Vas á España á darnos gloria
Y renombre y esplendor.

Di, si te pregunta España
Por tu blasón y tu cuna :
« Es mi feudo la cabaña,
Mi baluarte la montaña,
Mi pedestal la tribuna ».

Da más brillo á tus anales
Y recuerda desde allí,
Que te veneran leales
Tus hijos intelectuales
Que hoy te cantamos aquí.

Méjico, agosto 5 de 1889.

¡POR LA FRONTERA!

(BRINDIS EN EL SALTILLO)

En la nación mejicana
¿Quién no ha oído por doquiera,
Ensalzar la honradez sana,
La franqueza noble y llana
Que distingue á la frontera?

No hay carácter más sencillo;
La lealtad es sola ley
Y la honradez sólo brillo,

Bajo el cielo del Saltillo,
Bajo el sol de Monterrey.

Pueblos valientes y honrados,
Todos franqueza y valor,
Campesinos sosegados
Que se cambian en soldados
Enfrente del invasor.

No hollarán plantas extrañas
Su tierra bendita y pura,
Que de hogares y cabañas,
Son baluartes las montañas
Que eternizó la Angostura.

El patrio amor es su esencia,
La fraternidad su norma,
Y su mentor la experiencia;
Salvaron la Independencia,
Y salvaron la Reforma.

¿Porqué mi labio sincero
No ha de expresar la verdad?

Como bardo y caballero
Aplaudo, estimo y venero
La tierra de la lealtad.

Por que aquí no es sueño vano
La amistad; es religión;
El amigo es un hermano,
Y al que se le da la mano
Se le entrega el corazón.

Alzo mi copa, Señores,
De la frontera en honor,
Por sus francos moradores,
Por sus damas que son flores
De virtud y de candor.

Por el gobernante honrado
Que de todos es querido
Y de todos respetado;
Por tanto bravo soldado
Que en la frontera ha nacido.

Por Coahuila, que esplendente
Se nombra ante quien lo admira,

« Muzquiz » junto al insurgente,
Junto á « Juárez » « de la Fuente »
Y « Acuña » junto á la lira.

15 de diciembre de 1889.

ÍNDICE

ÍNDICE

HORAS DE PASIÓN

EL ARPA DEL AMOR

MUSA DE VIAJE

Imp. — A. Dersé, 9, rue Éd.-Jacques, Paris. 12-19